Nuestras propias historias

Vida en comunidad III

MINISTERIO DE **EDUCACIÓN**







Vida en comunidad

III

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-357-9

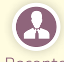
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Contenido




SHINA DARINY PANAMÁ
nació en Peguche, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Otavalo. Sus actividades favoritas son leer y jugar básquet.

Aquel calcinado paladín

Muchos miran o se imaginan a sus héroes como los de las películas, con sus trajes elegantes, con algún superpoder, alguna habilidad especial o simplemente con el dinero suficiente para hacer lo que sea, cuando sea y por quien sea. Para Innad, su héroe era un caballero que siempre vestía ropa regalada y a veces muy gastada, que usaba para ir al trabajo o a cualquier lugar.

Su superpoder, o mejor dicho su fuerza de voluntad, provenía del amor a su familia. Tenía la habilidad de alzar muchos palos de madera muy grandes y desalojar dos camiones de bloques en



tan solo un día para poder construir futuros hogares, por lo que era recompensado con miserables quejas y un miserable sueldo que para él no era mucho, pero era necesario para poder seguir manteniendo a su familia.

Así, Innad veía salir a su caballero paladín de casa para seguir buscando la forma de mantener con vida a su pequeño mundo, y esa era su tarea diaria, hasta que un día, en tan solo unos minutos, todo cambió. Se encontraban en las fiestas de la Virgencita de la comunidad, una fiesta religiosa a la cual siempre Innad, su familia y el caballero acudían a ayudar en lo que pudieran. Entonces Innad observó que un señor necesitaba ayuda con los fuegos artificiales; el caballero inmediatamente fue a ayudarlo: sostuvo los quince o veinte explosivos con ambas manos, como abrazándolos, mientras que el señor los encendía de cuatro en cuatro. Cuando ya los encendió, nadie

se percató de los giros que puede dar la vida y, peor aún, de los giros que podían hacer esos explosivos.

Una vez prendidos, el señor se alejó y no alcanzó a ver que uno de los explosivos se había desviado por el movimiento que ocasionó el impulso de los anteriores. Este se dirigió al manojo de explosivos del paladín, ocasionando que todos los cohetes que él sostenía se encendieran. Uno por uno explotaron en su pecho, mientras que solo se escuchaban gritos y se veía un gran alboroto.

Ahí, justo en ese momento, se marcó la gran duda de Innad: ¿cómo es que su paladín lograra sostener los cohetes y soportar el dolor mientras todo le explotaba entre los brazos y el pecho, en lugar de simplemente haber podido soltarlos? Ahora Innad se da cuenta de que la respuesta era muy simple: su padre era su héroe y también el de las muchas personas que allí se encontraban, porque fácilmente pudieron haber sido alcanzadas por uno de los fuegos artificiales. Un héroe anónimo que ahora no es más que un paladín calcinado.

MARIELA CLARIVEL SUAREZ
nació en el recinto Bocana de Abajo, Guayas, en 1973. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hijo Josué David Morán estudia en la Escuela Rafael Morán Valverde.

El momento de las decisiones

Era Miércoles de Ceniza. Salí de mi casa a las 9h00, estuve trabajando y terminé temprano. Luego del trabajo tenía que llegar a una misa, pero aproximadamente a las tres de la tarde me encontré con unas amigas y me quedé conversando con ellas. Se hizo hora de regresar a casa, me despedí de ellas y caminé en busca de una tricimoto. Mientras esperaba el transporte, me encontré con otra amiga, que andaba en su moto y que me dijo:



—Acompáñame al colegio a ver a mi prima.

Le dije que no podía pues tenía que hacer compras y regresar temprano, a un compromiso al que no podía faltar. Tan insistente fue mi amiga que me dijo que se encargaría de regresarme hasta mi casa, de modo que la acompañé hasta la institución y esperamos a su prima.

—Vamos, dejamos a mi prima en su casa —dijo mi amiga—, y luego te voy a dejar hasta la tuya.

Yo le dije que así no tendría tiempo para ir a la misa y que ya no iría. Para colmo, a su prima le habían encargado comprar un pollo, entonces nos dirigimos a comprarlo y luego nos fuimos.

En el transcurso del viaje íbamos jugando en la moto, entre risas, exceso de velocidad y sin protección alguna. Sin darnos cuenta, detrás de nosotros venía un Rutas Salitreñas, también con

exceso de velocidad. En una curva cerrada, mi amiga trató de bajar la velocidad de la moto pero fue imposible, ya que el bus pasó tan cerca que nos asustamos. Fue entonces cuando mi amiga intentó frenar, pero ya era muy tarde: habíamos caído y rodábamos sobre la carretera, inconscientes las tres.

Despertamos en el hospital de Salitre. Apenas reaccioné, no sabía qué hacer, a quién acudir ni cómo decirle a mi familia lo que me había sucedido. Entonces se me ocurrió pedir ayuda a una enfermera de turno, decirle que llamara a un familiar. Ella llamó a mi mamá, sin obtener respuesta alguna, así que le rogué que intentara con mi prima Lady. A ella le pedí que me ayudara porque yo estaba en el centro asistencial por un accidente, y ella no dudó en acudir.

Fue entonces cuando comprendí que la desobediencia no es buena y que hay que tomar precauciones ante cualquier decisión. No sabemos a todo lo que vamos a estar expuestos en cualquier momento de nuestras vidas.

MARÍA ISABEL VALLEJO
nació en Sangolquí, Pichincha, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa Jacinto Jijón y Caamaño. Su actividad favorita es leer.

Mis ángeles guardianes

Toda mi vida he pensado que los milagros sí existen. También estoy segura de que tengo un ángel guardián, aunque no lo he visto. ¡Ah, pero alguien me vio con mi ángel, y no era uno: eran tres!

Esto empieza así: mi madre siempre nos hacía orar antes de salir de casa para que nada nos pasara. He llegado a confiar tanto en Dios que no tengo la mínima duda de que Él me escucha si



busco protección, Él me la ha dado siempre, por ello, como muchos dicen, “Gracias a Dios no me ha pasado nada malo”.

Fue un sábado por la tarde. Había quedado con mi amiga, una verdadera amiga, de esas que ya no hay muchas, por su honestidad, sinceridad y, sobre todo, por su desinterés; una de esas amigas con la que compartes una tarde completa y parte de la noche y es como si hubiera pasado apenas una hora. Quedamos en encontramos para tomar un café y así lo hicimos. Luego de tres tazas, se hizo tarde, así que decidimos salir a pasear y cenar juntas. El tiempo era corto para todo lo que debíamos conversar. Ya caída la noche nos dirigimos a su casa y nuestra despedida, entre tema y tema, duró hasta las once.

Como mi casa queda a una hora de viaje de la suya, dejamos la conversación a medias y empecé a bajar al Valle. Entonces ¡recordé que no había pedido a Dios que me cuidara! En el primer

semáforo hice una oración: en esta ocasión le pedí a Dios que las personas que me miraran notasen que estaba acompañada, que no me vieran viajando sola. Al terminar, me sentí, como siempre, muy segura y continué.

Luego de una hora llegué a mi casa, sana y salva. Para mí, eso fue todo por ese día, pero lo más sorprendente estaba por suceder. A la mañana siguiente, estuve en la casa de otra buena amiga, Elizabeth. En medio de la conversación, me preguntó:

—¿Con quién bajaste ayer de Quito?

—Sola —le contesté. Y ella comentó:

—No me mientas: mi hermana y su esposo te vieron bajando por la autopista a las doce de la noche y venías acompañada de tres personas, eran hombres, incluso te pitaron pero tú no saludaste.

Con una sonrisa y un poco nerviosa, le argumenté que yo estuve sola. No me creyó, y su hermana y cuñado aseguraron que me vieron con otras personas. Ahí, en ese mismo instante, recordé que Dios manda a sus ángeles para que nos protejan. Yo no los veo, ¡pero otros sí, no sé cuántas veces!

Estoy totalmente convencida de que Dios contesta nuestras oraciones según Su voluntad, no siempre con un sí, a veces con un no o quizá con un “espera”. Estoy segura de que todos nosotros tenemos ángeles a nuestro alrededor para cuidarnos.

ENRIQUE CORO nació en Palmira, Chimborazo, en 1998. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Mejía Lequerica. Su actividad favorita es el ciclismo.

El atropellamiento

Érase una vez un pequeño muchacho —o sea yo— que vivía alejado de su madre: por motivos de trabajo, ella no podía estar con nosotros; por eso mi hermano mayor me cuidaba: era él quien hacía el desayuno; cocinaba feo porque se levantaba temprano y también tenía sueño, por eso cocinaba lo que podía. A veces mi mamá venía a dejarnos la colación y para hacer las compras, pues si nos daba la plata, nos gastábamos en golosinas y no nos quedaba nada para la semana.

Ese fin de semana, mi mamá nos llamó y nos dijo que no podía venir, así que me tocó ir a mí porque mi hermano no quiso. Me fui

y llegué bien. Ese fin de semana pasé con mis otros hermanos y con mi mamá, pero el domingo ya me tocó regresar con la plata, y así lo hice. Cuando solo me faltaba pasar la calle y dos cuadras más para llegar a mi casa, me compré un helado. Lo estaba chupando, no sé si estaba distraído, pero sí me acuerdo que regresé a ver si asomaba algún carro. Estaba cruzando la calle, solo me faltaba alzar una pierna del pavimento cuando, en ese instante tan corto, un carro alcanzó a golpearme la pierna y tumbarme al piso.

Estaba asustado, veía todo borroso, me paré y quise caminar, pero no pude, así que me volví a caer y quedé inconsciente porque me golpeé la cabeza, y ya no me acuerdo lo que pasó después. Desperté dentro de un taxi, con unas personas que me preguntaban: dónde vives, cómo te llamas, dónde queda tu casa y otras cosas más. Yo respondí algunas preguntas, aunque las volvía a repetir a cada rato porque estaba mareado y no veía bien; quería cerrar los ojos, pero los señores no me dejaban, me decían “No te duermas, no cierres lo ojos”, pero no aguante así que los cerré.

Desperté en un hospital y me asusté mucho porque no me gustan los hospitales. Me puse a llorar y pregunté por mi padre porque, al parecer, cuando estaba inconsciente, parecía que estaba conversando con él y por eso lo llamaba, pero luego me acordé de que él ya estaba muerto. En ese momento solo quería estar con él y gritaba su nombre muy fuerte; al mismo tiempo lloraba desconsolado porque sabía que por más que le gritara, él no iba a estar conmigo.

Los doctores me pedían que me calmara y me decían que no pasaba nada, que ya no gritara más porque había más heridos de mayor gravedad, pero yo no les hice caso; entonces me cansé de gritar, me dolía la garganta, ahí me callé. De ese hospital, que era solo para emergencias, me pasaron a otro donde pasé hospitalizado dos largos meses, recuperándome. Al inicio todo



era feo: los doctores, los gritos de las demás personas, todo; y yo no podía dormir, eso sí me molestaba porque a mí me gusta dormir mucho. Pero mientras pasaban los días, me fui acostumbrando, ya me sentía mejor; además, mis familiares me consentían mucho, en especial mi mamá. Yo les decía que me llevaran cuentos para leer porque de pequeño me gustaba leer mucho; pero lo más importante, que no se les olvide, era comprarme chocolates porque me gustaban mucho y me siguen gustando.

Lo que me puso bien fue que algunos vecinos me visitaron: ellos me conocían mucho porque algunos me fiaban alguna cosa hasta que mi mamá les pagara; ellos también sabían que vivía solo con mi hermano mayor. Que me visiten ellos sí me alegraba. También me visitaban algunos amigos de la escuela.

Lo malo era que en el hospital había una doctora amargada que casi siempre venía a ver cómo seguía y me hacía preguntas; me

levantaba la pierna y yo le decía que me dolía mucho y que ya me soltara, y ella soltaba la pierna de una, yo gritaba y lloraba porque sí me dolía. Cuando se iba, me sentía aliviado, pero cuando volvía, yo siempre estaba temblando hasta que se retirara otra vez.

Luego de un tiempo me llevaron al quirófano para acomodarme la pierna, pero eso no les cuento porque me sedaron y no me acuerdo nada. Luego salí con un yeso en mi pierna, ya no me dolía mucho, así que me sentía mejor. Siempre andaba por todo el hospital conociendo lugares y todo lo que había ahí; una tarde me metí en un cuarto donde había muchas mujeres con las piernas abiertas, listas para dar a luz, y una enfermera me dijo que saliera, que no debía estar ahí, yo le dije que me dejara porque quería ver cómo nacen los niños, pero me sacaron.

Después de un tiempo me dieron de alta. A partir de ese momento, todo cambió porque me dieron una silla de ruedas para poder salir del cuarto: ahí había muchos heridos que gritaban y lloraban de dolor y eso me ponía mal; uno de ellos era un niño al que le había pateado una vaca y se le zafó la rodilla, otro era un niño que se había lanzado del segundo piso con la capa de Superman, entre otros.

Pasaba en mi casa. Los profesores me dijeron que podía seguir estudiando, así que me iba a clases con unas muletas. Como me seguía poniendo mejor, me sacaron el yeso y caminaba sin las muletas, pero muy suavemente. Después de un tiempo, ya estaba bien; lo malo es que ya no me consentían, pero me dio alegría volver a caminar y a jugar, a mí que me gustan mucho los deportes.

Esta es mi anécdota del atropellamiento. Gracias a Dios estoy bien, no me pasó nada grave y sigo haciendo deporte.

ROMMEL PAUL IGLESIAS
nació en Lago Agrio, Sucumbíos, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Pacífico Cembranos. Su actividad favorita es leer.

Los sueños gritan libertad

Es inminente el final de una vida a la que estamos acostumbrados. Los humanos tenemos sueños que anhelamos con todo nuestro ser, que pueden ser distintos, inusuales, divertidos o vergonzosos. Existen sueños que no tienen que ver con la anomalía de un juego o una rabieta de nuestro subconsciente, porque es más que eso: es el anhelo de tener una esperanza que se convierta en una realidad en la que estamos absortos. Tal vez te preguntes

por qué los sueños son tan importantes para mí. Pues de sueños rescato la inaudible historia que relato.

Nací en un pueblo que tenía necesidad de bienes y dinero, donde el único recurso necesario para desarrollar y crecer era adaptarse a los cambios recurrentes de una zona selvática y diversa, compuesta por lagos, ríos y caudales. Además, posee un adjetivo que lo define como desapacible, que lo convierte en el torrente donde nacieron mis tan apreciados sueños. Aquel espacio de la más inimaginable belleza es Lago Agrio.

Con pasar de los días y años, el mundo que me rodeaba era cada vez más diverso, pero siempre con personas con alegrías y penas, cuyos sueños para mí han sido la inspiración para mi auge emotivo. Cuando era un niño que todavía no desplegaba sus alas al mundo, me gustaba admirar la biblioteca que mi padre me dejó después de que partiera de este mundo: la imaginaba como si fuera el monte Everest, sus libros como nieve que emanaban palabras desconocidas, cada estante representaba un diferente sentimiento por los diversos libros que me abrieron la puerta a lo desconocido y a querer adquirir más conocimiento sobre el mundo y sus misterios.

El lugar que marcó mi niñez fue una hermosa casa de cemento y madera, con un patio lleno de flores, hierba, menta y una brisa que despejaba mis pensamientos. Nunca me gustó jugar con niños de la zona, no le encontraba el sentido a esos juegos, para mí eran más exigentes que divertidos. Muchas personas notaron que era extraño, ya que nunca jugaba o hablaba en público, mis únicos amigos eran los juguetes de una gran canasta azul, que para mí se distinguía de las demás por su inaudible atracción.

Un libro que había leído en uno de los estantes de mi padre hablaba sobre mitología china y cómo los seres inertes —como montañas, hojas, flores y objetos— tenían un espíritu inmortal.



Me cuestionaba si era completamente creíble, pero a mi edad aún no había comprendido las diferencias de la fantasía y la realidad.

Fue en la escuela, a los cinco años, cuando me separé de mi madre y mi hogar. Fue un tormento. Fui muy tímido durante mis años de aprendizaje, algunos de mis compañeros formaron el pilar de mi camino que más adelante se volvería sorprendente e irreconocible. Todo corría a su tiempo y las desventuras se acercaban. Fue un viernes cuando mi madre me fue arrebatada por la justicia: unos hombres de negro entraban y salían del hogar al que yo llamaba refugio, aquellos seres me miraban de manera despreciable. Vi cómo estos personajes agarraron a mi madre. En un segundo mi mundo se desmoronó, era como si un puñal entrara en mi corazón. Caí al suelo y grité. No había nada que hacer, para mí fue el final de todo.

¿Cuánto se necesita para destruir el alma de una persona? En aquellos momentos de infinita tristeza y angustia, esa pregunta

invadía mis venas. Todo el rencor de las personas que se llevaron a mi madre, ese rencor se quedó plasmado en mi corazón antes de que conociera el perdón, aquel que me liberaría por completo. Mi madre pasó por diferentes cárceles, en diferentes territorios, nuevas amigas iban y venían, pero aquella es su historia, no la mía. Este aconteciendo permitió que mi sueño se cumpliera más adelante.

La juventud fue una época llena de curiosidad, emociones, conflictos y nuevos conocimientos. Conocí a tantas personas maravillosas que cambiaron mi forma de ver al mundo: ya no como un desperdicio, sino como una oportunidad para cambiar sus imperfecciones. El colegio fue como mi segundo hogar: a sus espacios, profesores y estudiantes los considero como parte de mi familia. Aquellos momentos gratos que compartimos fueron la enseñanza para apreciar cada minuto de mi vida.

Hubo una jovencita de carácter emotivo, angelical y carismático llamada Aisha con la que comencé una muy buena amistad, hasta el punto de convertirse en mi mejor amiga. El sentimiento de que alguien me apreciaba por lo que era y de no ser rechazado por aquellos que consideraban extrañas mis habilidades me hacía, por primera vez, una persona especial. Con el paso de los años la conexión creció más, conocí lo más profundo y doliente de su alma. Esta amistad me hizo tener una gran conexión conmigo mismo. Aquella muchacha, a la que creía libre de problemas, era una rosa en medio de la tormenta. Por eso fue que empezó mi admiración por las mujeres y lo que son capaces de hacer para conseguir lo que más quieren. Recuerdo los mensajes alentadores que me enviaba vía *e-mail* para que siguiera adelante. El destino nos separó más tarde, en el bachillerato, cada quien tomó su rumbo, a un camino diferente, pero nunca nos separamos del todo hasta el día de hoy. Para mí ella es la representación de la más pura honradez.

Un sentimiento parecido desarrollé con mis nuevos compañeros de curso, con quienes, por el destino, nos encontramos en las paradojas de una nueva etapa con nuevas aventuras. Es así como mis nuevos sentimientos retomaron mi angustia desequilibrada y me dieron las agallas para enfrentar al mundo que yo temía rechazar.

Mi curiosidad se abrió nuevos caminos. Sabía que mi destino me llamaba a continuar en la búsqueda de mi ser: la encontré en una biblioteca de mi localidad, cercana y olvidada pues en esta época los estudiantes están invadidos por la tecnología. La olvidaron, pero algunas personas aún se resistían a los cambios y seguían asistiendo a este templo del saber. El día que llegué a quel lugar desconocido fue una sorpresa porque encontré una gran variedad de pinturas y libros en tres estantes parecidos a mi biblioteca, pero con la diferencia de que esta era más amplia. Norma, la bibliotecaria, me divisó al llegar. Fijó en sus ojos en mí, me regaló una sonrisa y me dio la bienvenida, algo inusual para alguien como yo. Fue entonces cuando mi amistad creció, fue como una conexión entre ella y yo. Su mirada en la mía me convertía en un literato. Ella mencionó que dos almas se conectan mediante la mirada porque son personas con gustos plenos en la literatura. Ella definía a la literatura como un conjunto de sueños que las personas plasman con la magia de una pluma y un papel, instrumentos donde no hay límite para nuestra imaginación; solo cuando dejes de creer en la magia, aquella imaginación dejará de existir.

Nos veíamos después de clases, cuando la ayudaba a ordenar la biblioteca y recibir a las personas que la visitaban, que eran muchos adolescentes. En muchas ocasiones les ayudaba a encontrar el libro correcto para sus gustos. En una ocasión una joven muy impetuosa me preguntó cuál sería el libro correcto para

definir al amor. Su pregunta muy directa me incomodó, pero se la respondí claramente: un libro como este no existe por el simple hecho de que el amor no tiene definición, y si la tuviera, todos nos comprenderíamos. La joven solo me dio las gracias y quedó pensativa en las nubes de su comprensión.

La respuesta para esta chica la aprendí de una joven admirable de mi salón, que más que una simple compañera era la síntesis de una gran amistad: su nombre es Heydi, como el personaje de la pequeña niña de los Alpes que cautivó mi niñez. Al igual que ella, tiene un alma inocente pero audaz; empezaba a sentir que dentro de aquella alma delicada había un misil de liderazgo, ya que siempre se oponía a la simpleza del amor. Me enseñó que para amar a una persona debes amar su interior, porque aquello que distingue a una persona son los sentimientos y la forma en que los moldea en su entorno. Ella me entretuvo mucho. Es grato decir que Heydi formó un lazo de amistad como el de los sueños del más sabio pensador.

Te preguntarás qué tienen en común las personas con las que ensamblé muchas conexiones: es hermoso decir que cada una me regaló su tan apreciado sueño. Aisha demostró ser una líder entre guerras de tristeza, Norma me enseñó que la literatura es más que un simple ego y Heydi me demostró el poder de la amistad. Todas tienen un sueño, pero a diferencia de otras personas, ellas son increíbles, me gritan libertad en sus sueños.




JOSUÉ IVÁN RODRÍGUEZ
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

Perdidos en Sangolquí

Era un día de escuela normal, como todos. Yo tenía nueve años y mi hermano siete. Yo estaba esperando salir de clases: cuando ya faltaban diez minutos, a mi profesora se le ocurrió poner un trabajo para todos y nadie podría salir sin acabar el deber. Mi hermano llegó a mi curso y me esperó hasta que acabara el trabajo. Siempre he usado recorrido del bus, no sabía ir en buses, mucho menos mi hermano. Nosotros estábamos esperanzados en que el recorrido nos esperara.

Ya era la una de la tarde y nosotros salíamos normalmente a las doce. Como recién acabé el trabajo a la 1:30 p. m., mi hermano y yo estábamos preocupados porque no sabíamos si estaría el bus del recorrido, así que salimos lo más rápido que pudimos y, como era de esperar, no estaba. Lo buscamos por lugares cercanos a la escuela y no lo encontramos. Nos empezamos a desesperar un poco, no sabíamos qué hacer; lo único que se nos ocurrió fue esperar dentro de la escuela por si alguien nos ayudaba o nuestra madre llegaba.

Fuimos adonde la profesora a decirle lo que nos pasó y ella nos dijo: "No puedo ayudarles, lo siento". Y nosotros nos quedamos pensando: "¿Y ahora qué hacemos?". Pasó el tiempo, como una hora y media, y llegó la madre de un compañero del curso y nos preguntó:

—¿Qué hacen aquí todavía? —Y le contamos lo que nos pasó. Ella nos quiso ayudar y buscó una solución.

—Vamos a hablar con la profesora para ver qué hacemos.

Estuvieron hablando y nos dijeron esto:

—¿Qué les parece si les damos diez centavos y se van a su casa?

Yo respondí:

—Sí, claro, está bien.

Nos llevó a la parada de los buses. Me preguntó dónde vivíamos. Le dije la dirección. La madre de mi amigo nos dijo que debíamos coger un bus para llegar a la casa, pero no me dijo que había dos buses iguales que iban a diferentes destinos. Ella se fue. Con mi hermano esperamos el bus. Cuando llegó, era el que nos dijo, pero con nuestra suerte cogimos el bus que se iba a otro lado.

Mientras estábamos esperando a que el bus nos llevara a nuestra casa, el señor de los pasajes me dijo que me faltaban diez



centavos de mi hermano, y como no tenía, me tocó llevarle en las piernas por un rato, porque pensé que nos bajarían del bus.

Ya íbamos cuarenta minutos en el bus. Estaba viendo por la ventana por si algo se me hacía conocido, para ver si ya estábamos cerca, pero como era el bus equivocado nada se me hacía conocido. Pasó una hora de que subimos y el señor del bus gritó: "¡Última parada!". Ahí nos dimos cuenta de que el bus que cogimos era el equivocado.

Nos quedamos sentados en el bus. Estábamos desesperados. Empezamos a llorar. Una señora nos preguntó qué nos pasaba, que por qué llorábamos. Le contamos lo que nos pasó. Ella se sorprendió y nos dijo:

—Vengan conmigo, les llevaré a Sangolquí, luego les diré qué bus coger para llegar a su casa. —Nosotros confiamos en ella.

Nos subimos a un bus y ella nos pagó el pasaje. Estuvimos viajando como treinta minutos y entonces ella nos dijo que nos bajáramos. Estábamos en el centro de Sangolquí. Pasó un rato. Venía un bus, ella nos quedó viendo y dijo:

—Ese bus va a su casa, ya les pago el pasaje y suerte en todo. —Nosotros estábamos muy agradecidos. Después de veinte minutos, llegamos a nuestra casa.

Mi madre estaba desesperada. Nos dijo que fue a la escuela a buscarnos y que ya se iba a un centro de policías a ver qué podía hacer. Llegamos a las siete de la noche a la casa, pero sanos y salvos gracias la señora que nos ayudó.

LIGIA GEOVVANNA MORA
nació en Pasa, Tungurahua, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa Mario Cobo Barona. Su actividad favorita es enseñar.

El cementerio y yo

La infancia más hermosa la viví en un lindo pueblito serrano llamado Pasa. Allí pasé mis primeros nueve años. Cuando nací, era tan pequeñita que mi papi me puso el apodo de Pitinga. Podía salir adonde yo quisiera, sin temor a nada ni nadie, todos nos conocíamos y siempre los mayores estaban pendientes de los niños, aunque no fueran sus hijos.

Me encantaba jugar a la tiendita: la mía era la más surtida, tenía desde arroz de sopa hasta manteca de puerco, tenía todo; por disparatada que fuera la necesidad del cliente, yo lo obtenía

todo del parque de enfrente de mi casa, bastaba con cruzar la calle y recoger semillas, hojas, ramas, pétalos de flores y muchísimas cosas más. Esa era la materia principal de mi tiendita.

En Pasa, mi papi tenía su propia tienda de abarrotes que, por cierto, abastecía todas las necesidades de sus coterráneos, era tan surtida como la mía, hasta tenía una mesa para jugar billar, que era el juego favorito de todos los moradores. Mi papi también tenía su propio trío de cantantes, tocaba el requinto y cantaba; y no es porque fuera mi papi, pero en serio cantaba muy bonito, sus amigos decían que él le hacía cantar al requinto.

Un fin de semana mi papi tenía una presentación con su trío, por eso nos mandó a mi hermana mayor y a mí a que retirásemos su terno, que lo había mandado a planchar donde el sastre del pueblo. Ya eran como las seis de la tarde cuando partimos a cumplir con el encargo. Debo indicar antes de continuar que la hermana con la que mi padre me mandó no me quería mucho, en casa le decían La Retobada; estaba celosa porque yo vine al mundo a quitarle el trono porque antes de que yo naciera, ella era la consentida. Desde que yo me acuerdo, buscaba cualquier motivo para hacerme llorar, y esta vez no sería la excepción. Salimos juntas de la casa, pero a mitad del camino y al ver que ya estaba oscureciendo —¿por qué será que en los pueblos anochece rápido?—, mi querida hermana empezó a tramar algo.

Cuando pasamos por detrás del cementerio, que es donde vivía el sastre, ella ya sabía lo que iba a hacer conmigo. Entramos, saludamos, explicamos el motivo de la visita al señor, recogimos el terno y emprendimos el regreso a casa. Al llegar al cementerio, mi hermana me dijo:

—Hagamos un concurso: veamos quién llega primero a la casa. Tú te vas por ese camino y yo voy por este. —Y echó a correr sin darme tiempo de decir nada. Yo me quedé parada, observando



el camino por donde tenía que ir. En la oscuridad no pude ver mucho, solo observé que una parte de la pared del cementerio estaba caída. Eché a correr. Abría y cerraba los ojos de vez en cuando, hasta que me golpeé duro con algo. Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba dentro del cementerio y era una puerta con lo que me había golpeado.

Allí empezó mi tormento. Me aferré a la puerta con tanta fuerza que ya no sentía mis dedos. Todo estaba oscuro. Sentía que detrás de mí los muertos se levantaban para agarrarme y llevarme a sus tumbas. Veía fantasmas en forma de nubes que paseaban a mi alrededor. El miedo me paralizó tanto que hasta sentí el frío de la muerte a mi lado. No podía gritar, me quedé paralizada.

Mientras tanto mi hermana ya había llegado a la casa. Mi mami le preguntó dónde estaba yo, a lo que mi ñaña contestó que por allí venía, que ella se apresuró por traer el terno.

Para mí, que estaba encerrada en el cementerio, el tiempo se hacía una eternidad. De pronto, como un ángel caído del cielo, pasó por allí un primo, iba a visitar a alguien y al verme dentro del cementerio se apresuró a ayudarme. Lo más terrible fue que haló las puertas y las abrió sin mayor dificultad, no tenían ningún candado ni nada. El miedo hizo que yo no empujara la puerta ni saliera por mis propios medios.

Esta experiencia hizo que yo le tuviera mucho miedo a la oscuridad y a mi hermana le costó un buen castigo. Desde aquel día no volví a acercarme al cementerio. Regresé cuando ya era madre, con mis tres primeros hijos, cuando todavía eran niños: ellos querían conocer el cementerio donde su madre, cuando era niña, se había quedado encerrada. No les puedo mentir: me dio un poco de miedito reconocer el lugar, pero lo logré.

Hoy, que soy abuelita, esta es una historia más para contarle a mi nieta, que le encanta escucharme. También debo contarles que, ahora que las dos somos madres y abuelitas, somos las mejores amigas, y aunque crecí con sus bromas, la amo tanto que ya decidimos que vamos a pasar nuestra vejez juntas, quieran o no nuestros esposos.

Pese a mi encierro en el cementerio, sigo diciendo que no hay mejor lugar para pasar la infancia que mi pueblito serrano, llamado Pasa.

ANA CECILIA MOLINA
nació en Sangolquí, Pichincha, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Ramón González Artigas. Sus actividades favoritas son leer y escuchar música clásica.

Vida en la época de mis padres y de mis abuelos

Ana Cecilia Molina Narváez es mi nombre y tengo cincuenta y un años de edad. Pretendo, en este ensayo, fotografiar mi vida, evaluar aquel tránsito ineludible de todo ser humano, que no es fácil pero sí necesario en algún momento. La Madre Teresa de

Calcuta dijo: “La vida es una oportunidad, aprovéchala; la vida es belleza, admírala; la vida es beatitud, saboréala; la vida es un sueño, hazlo realidad; la vida es un reto, afróntalo; la vida es un juego, juégalo; la vida es preciosa, cuídala; la vida es riqueza, consérvala; la vida es un misterio, descúbrelo”. Una revisión de este trajinar vivencial debe ser para alimentarnos, refrescar nuestros ánimos, codificar y decodificar los aciertos y desaciertos, revitalizar desde la intimidad, la esperanza y retroalimentar los sueños.

El amor y la vida social en época de mis abuelos son experiencias y sensaciones que, como cinta cinematográfica, pasan por mi mente. Con respecto al sexo y la sexualidad, estos eran tabús en casa, nunca se hablaba de ello. La mayor parte del tiempo salíamos a escondidas para poder vernos con un amigo o enamorado, con el pretexto de consultar en la biblioteca. Más que valores, era el temor a la paliza que recibíamos. Si por mala suerte o el desconocimiento de métodos anticonceptivos había un embarazo, se escondía a la chica hasta el nacimiento de su bebé, quien, en muchos de los casos, era reconocido por su abuelo.

En la época de mis abuelitos, se tenían los hijos que “Dios mande”: la esposa no podía cuidarse sin previa autorización del marido y del cura de la comunidad, parroquia, recinto, etc. La esposa debía mantenerse firme ante su esposo porque, como decían, “marido es aunque pegue, aunque mate”, todo porque sin el cónyuge, no había quién mantuviera el hogar, además del “qué dirán”.

Los hombres eran extremadamente machistas y procreadores de hijos, ya que ellos nacen con la palanqueta bajo el brazo. Por ellos no solo la esposa llevaba su parte, sino sus hijos también, eran maltratados. Para salir un fin de semana, unas dos o tres horas, a los hijos se les imponía trabajos en casa: “Si quieres irte a la fiesta, haz las meriendas, almuerzos, el aseo, etc.”. Lo peor era cuando ya listos y alborotados se les decía no.



Los permisos eran muy restringidos. De niños y jóvenes aprovechábamos las fiestas de los adultos porque, eso sí, eran constantes: compromisos de santos, como San Ramón, Santa Rosa, Santa María, San José y no faltaba el "santo pretexto". Los adultos bailaban y bebían, nosotros jugábamos a las cogidas, escondidas, párame la mano, ollas encantadas, canicas y, por qué no, teníamos una cita rápida con el enamorado, con el que, por cierto, nos comunicábamos muy pocas veces y con citas puntuales, caso contrario, perdíamos el contacto. En esos casos, los varones eran muy respetuosos y galanes, aguardaban la hora que llegábamos del colegio o salíamos de casa al colegio, etc. Algo muy gracioso eran los silbos: las mujeres debíamos grabarnos el ritmo para reconocerlos.

Para proceder al matrimonio, el novio visitaba a la novia en su casa, llevando alimentos para el pedido de mano. Si entre las

familias llegaban a acuerdos, el matrimonio se efectuaba tras, más o menos, un año de preparativos. La mayor parte de la fiesta la pagaba la familia de la novia: primero el matrimonio civil y luego el eclesiástico, en este día la fiesta era primero donde el novio y al siguiente día donde la novia.

La cultura es el condimento esencial de la vida y de la cotidianidad, pues ella se construye día a día. En casi todas las familias había artistas que interpretaban música de la época. En este aspecto cabe recalcar que había variación según la situación económica, regiones, costumbres, etc.; por lo general, el pueblo entonaba música triste y los instrumentos, hasta la época actual, son el rondador, las dulzainas, la hoja, los pingullos y la guitarra. En otras familias, los intérpretes se dejaban acompañar por el acordeón, el requinto y otros. De la época de mis abuelitos, mi mamá recuerda a Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas, las hermanas Mendoza Suasti, el dúo Benítez y Valencia. En cuanto al teatro, se practicaba en los colegios, seleccionando a estudiantes con esas aptitudes. Se escuchaba en la radio a don Evaristo Corral y Chancleta, programa humorístico y satírico en contra de los políticos; escuchábamos a Tres Patines, que también era humorístico.

Las radionovelas eran "Porfirio Cadena", "Kalimán", "Drácula", "Rayo de Plata", en las radios Caracol, Espejo y Tarqui. Se miraba algún programa de televisión en blanco y negro, pero muy poco y con horarios impuestos por los padres. Se escuchaba mucho la radio, que también actuaba como reloj, como decía mi madre: "Apúrense, ya empezó el Maestro Juanito, se van a atrasar, corran a clases". El mencionado programa era crítico e informativo, también muy tradicional en la cuenta regresiva de los fines de año. "La Hora Sabrosa" era un programa de entretenimiento: se presentaban artistas de la época y cachistas[1].

---

1 Cacho: Forma coloquial de referirse al chiste; *cachistas* son los que cuenta chistes.

Mi madre me dijo que escuchaba música en discos de acetato de cuarenta y cinco revoluciones, que era el disco pequeño: una canción a un lado y otra al reverso. Los discos de treinta y tres revoluciones contenían seis canciones, igual cantidad al reverso.

Para la integración entre vecinos, familiares y amigos, se organizaban las famosas humoradas, que eran bailes con discomóvil, a partir de las 15h00 hasta las 19h00 como máximo, y controlados por uno o dos adultos de confianza. Para calmar la sed, era una delicia disfrutar de las colas (gaseosas) y muy poca cerveza (uno o dos vasos pequeños).

En las instituciones educativas, los señores profesores organizaban las fogatas bailables y las kermeses, con orquestas de prestigio, como Don Medardo y sus Players, Los Fabulosos, Los Duques, Los Graduados, Los Joker's, Bocia Junior. También a los jóvenes les gustaba la música romántica de Los Iracundos, Sandro, Raphael, etc. Los adultos también disfrutaban de la mencionada música: en las fiestas, además, ellos bailaban con bandas de pueblo y orquestas.

En los momentos dolorosos como sepelios, todo el pueblo acompañaba a los dolientes, llevando velas encendidas y formando dos columnas. El féretro iba en el centro, con el cura párroco caminando desde la iglesia al cementerio.

Sobre la vestimenta, una de las manifestaciones de la cultura evidencia la tendencia de la época, que es lo que se llama la moda. Los varones con pantalones cortos y tirantes hasta sus dieciocho años y luego el pantalón largo; eso sí, bien peinados con brillantina, pañuelo limpio y peinilla de cacho.

Para acudir a misa los domingos, que era una obligación, toda la familia se vestía elegante; aunque el resto de la semana, sus

zapatos de casa eran alpargatas. A las mujeres no les podía faltar su combinación y enaguas al interior de su vestido.

Una vida, un camino recorrido y también un futuro por construir. Se dice que recordar es volver a vivir.




RUTH CECILIA TOGRA nació en Paute, Azuay, en 1962. Trabaja en la Unidad Educativa 26 de Febrero. Su actividad favorita es aprender.

Mirada de mujer

Tumbada en la banqueta de la sala de bambú, los recuerdos vienen a mí. Hay uno que se desliza en mi pensamiento. Fue en el año 93 del siglo que feneció. Una noche como todas, la naturaleza enojada se manifestó.

—¡Hirvió la tierra! —decían.

—¡Se derrumbó el Tahual!

La noticia inquietó a todos. La conocida voz parlante, esta vez llena de euforia, decía:

—¡Salgan! ¡Salgan todos a las laderas porque se ha tapado el Tahual y, en pocos minutos, bajará el agua represada y arrasará con todo! Repito otra vez…

Así, desde las once hasta la medianoche, la reacción fue acelerada. En tinieblas y con impulso inconsciente, me coloqué los zapatos y una chaqueta para el frío. Con toda la velocidad posible fui a la otra casa a ver al abuelo, porque tenía varios meses de estar postrado, pero al escuchar la alarma, con una habilidad que solo él podría de explicar, se incorporó al instante y, cuando nos dimos cuenta, ya había salido. Así, unos a la carrera, otros con esfuerzo, optamos por refugiarnos en las lomas cercanas.

Con los ojos fijos en el río, las horas pasaban lentas. Diáfana, la campana de la iglesia daba las horas del amanecer. Pensativos, buscamos a quién culpar o quizá reflexionar. A eso de las siete de la mañana supimos que no era el Tahual, sino que en La Josefina se represó el agua de los ríos Cuenca y Jadán. ¡Una noticia de impacto, el mayor desastre en el Austro!

Todos se organizaron al instante: las fuerzas vivas de Paute, un hombre de la iglesia de al frente, el alcalde, los presidentes de barrio, las religiosas oblatas, el director salesiano y las mujeres pauteñas. Luego se sumaron los militares, todo un elenco para llevar la logística a la zona del desastre.

Con el pasar del tiempo, la laguna crecía y dejaba destrucción por doquier: se inundó la termoeléctrica, Guangarcucho y Capulispamba; y por el otro lado, llegó hasta Chuquipata. Mientras tanto en Paute se sesionaba todas las noches, se tomaban decisiones, unas claras y otras confusas. Se organizaron campamentos: el más grande, el de Zhunzhún; los más notorios, los de Bulán, Plazapamba y Tutucán. Convivir era difícil. Reuniones y reuniones con el sacerdote o con el comandante, ambos ejercían poder: el uno por su ministerio eclesial y el otro



representando la ley; cada uno, con su sequito, luchó por dar bienestar a la población sumida en la triste desolación.

En ese ambiente perturbado, florecieron los comentarios en las esquinas de las calles, en las casas comunales y en los templos del lugar. Las habladurías se ensañaron por igual con las mujeres del campo y con las de la ciudad: un derroche de machismo en todo su esplendor. Se dijo que hubo romances, se dijo que alguien robó colchones, mentirillas sin perdón, se dijo que se robaron atunes a punto de caducar, se habló de un uniformado a la sombra de cuya mirada las féminas se rendían, se dijo que en unos meses habría un auge de recién nacidos. Se dijo tanto que luego todo se silenció por completo, porque nunca nada fue probado.

Se vivía de alerta en alerta: roja, verde y amarilla. La verdad es que muchos indiferentes rehicieron su vida en Cuenca,

abandonaron su tierra a la que decían amar, pero quienes creímos en Paute trabajamos sin descanso, con sol, agua y frío para enfrentar el destino o quizá a la fraguada suerte.

Fue apreciable, por decir lo menor, la acción de las mujeres, que aun a costa de su prestigio hicieron visible su compromiso por las causas sociales, un trabajo que, aunque ignorado, no deja de ser valioso. Se llevan un reconocimiento especial aquellas que hacían manjares a pesar de la escasez y que atendían a enfermos y malgeniudos. Poca gente se dio cuenta de que fuimos parte esencial del equipo.

El 1 de mayo, cansada de dormir en carpas, escapé a mi casa del centro. ¡Qué iba a imaginar que se daría el desfogue de las aguas represadas! Al inicio bajó pausada, hubo tiempo de alertar a los trabajadores de Malina y a uno que otro poblador que ilícitamente pernoctaba en la ciudad, pero luego, súbitamente, una ola de agua negra me arremolinó y sentí que me llegó el fin. En mi interior dije "Dios mío". Pero con una lucidez bajada del cielo, un conductor maniobró y salió a gran velocidad por la calle José Víctor Izquierdo. Fue un susto sin igual. Estoy segura de que Dios me dio otra oportunidad.

Subimos rápidamente al campamento de Zhunzhún, al mirador más amplio para ver el paso del agua. La gente, atemorizada, se lamentaba sin cesar. Luego de recibir abrazos de furia y de dolor de alguna gente con histeria general, sentí declinar mi ánimo, mis ojos se llenaron de lágrimas y me alejé. Me amparé bajo una vieja retama de tronco áspero y olorosas florecillas. Ese agradable aroma amainó mi llanto. Cuando estuve a punto de derrumbarme, sentí una mano sobre mi hombro y entonces vi una gran sonrisa blanca y una dulce mirada, oí sus palabras serenas que me animaron a continuar. Me apoyé en él y salí a continuar mi faena.

La furia de las aguas turbias inundó el hermoso valle, las villas de la planada se levantaron como barquillos, las casas patrimoniales de Luntur y Pancalle sucumbieron, una nube de polvo se vio perderse en el aire, las playas de Yumacay eran un mar de aguas oscuras, el templo de la Inmaculada desapareció en un segundo. Pero de todo eso solo algo quedó: la torre de color azul, símbolo de poder del Dios, de la vida y del amor.

El puente de Chicty se rompió, se levantó y cayó a un lado. El locutor de la radio, al relatar esta tragedia, embriagado de temor, llegó al punto de clamar "¡Misericordia, Señor de los cielos y de la tierra!". Luego el agua llegó hasta el parque central. El sombrío espectáculo duró dos horas más.

Paute quedó incomunicado, la hidroeléctrica sin abastecimiento, los pueblos del otro lado sin puentes ni vías alternas. Había que cruzar el río, donde uno que otro bote lleno de gente se hundía. Los entendidos dijeron que era urgente reconstruir el puente de Chicty. En pocos días, con mucha alegría, vinieron el puentero Toni y el amigo Walter para iniciar la gran tarea, con voluntarios llenos de anhelo.

Navegando sobre el río crecido, mi querida hermana y yo asumimos la tarea de alimentar a Toni y a los demás. Al puentero de bellos ojos y sonrisa angelical le gustaban los chumales, la trucha, el chocolate, el jugo de mora y el mote pillo; saboreaba la comida con la ternura de un pequeño y agradecía devotamente como un anciano sabio. Trabajó día y noche, sin descanso, hasta que concluyó la obra esperada: el puente colgante de Toni tenía un injerto que llevaba la savia de vida a las comunidades, de lado y lado. Toni, que era de pocas palabras, conversaba de vez en cuando al concluir el día, a la vera del camino y a la tenue luz de la luna. Contaba historias bonitas de su misión y de su familia, sus sueños y utopías de hombre naturalista.

Hasta aquí llega mi historia que tiene mirada de mujer. Todavía hay mucho que aprender, por mi pueblo y por mi patria, para visibilizar a la mujer en su acción y pasión por buscar equidad, en las historias contadas y en la memoria social.

SONNIA CECILIA HERRERA
nació en Milagro, Guayas, en 1962. Trabaja en la Unidad Educativa Gorky Elizalde Medranda. Su actividad favorita es enseñar y aprender.

El mundo según mi abuela

Era mi abuela una montubia de piel canela, de abundante y larga cabellera, que solía peinarla en dos gruesas trenzas. Esta centenaria mujer acostumbraba siempre a relatar sus memorias, sus creencias e historias escalofriantes que causaban temor. Mi abuelita nos contaba que era oriunda de Piñoelal, un lugar de naturaleza virgen, donde había animales salvajes como el tigrillo, las culebras equis y rabo hueso, venados, etc.

Este recinto pertenece al cantón Milagro. Nació y creció ahí, con su madre, una hermana y dos hermanos. Era huérfana de padre. Se alimentaban de la caza de venados, guatusas, cachicambos, ardillas, tortugas y de la pesca. Cuando se les terminaba la carne del animal que habían cazado, iban por otro. La carne y los pescados los ponían a secar en cordeles por encima del fogón. Cultivaban arroz, maíz, fréjol, plátano, frutas. Cuenta que su madre iba a Milagro solamente a comprar sal, fideos, papas y azúcar porque lo demás lo tenían de su propia producción.

Contrajo matrimonio con un serrano del cantón Biblián, que había venido a tierras milagreñas cuando apenas tenía diecinueve años. Sobrevivía trabajando de jornalero de los finqueros que requerían de su mano de obra. Mi abuelo decía que se enamoró de ella por su cabellera.

Se establecieron en el sector Banco de Arena, que para ese entonces pertenecía a la hacienda San Miguel. Los terrenos de esta hacienda poseían una espesa naturaleza, la cual fue colonizada por gente serrana, quienes cogieron extensiones de terrenos en calidad de arrendatarios y luego se convirtieron en propietarios.

Allí, mis abuelos cogieron unas cuadras de terreno, donde cultivaban piña, aguacate, guaba, mango, maíz, cacao y café. Criaban gallinas, patos, pavos, cerdos, cuyes y hasta ganado. Sacaban sus productos a caballo, al mercado, por la línea del tren, que era la vía por la cual la gente se movilizaba para llegar a la ciudad. Eran las décadas del treinta al cincuenta, todavía no circulaban vehículos por el sector; la carretera que se ve hoy no estaba bien establecida.

La tecnología era muy incipiente, la gente cocinaba generalmente con leña o carbón en los fogones; aún utilizaban la vitrola, no había luz eléctrica, se alumbraban con candiles que



funcionaban con kerosene, hechos por ellos mismos, o con velas. Los de más posibilidades tenían una Petromax[1].

Ya en la década del sesenta, la vía a Naranjito era solamente polvo. Había unos cuantos carros de carga en los que transportaban los productos al mercado, en la madrugada de los martes y viernes, que eran días de comercio de frutas; también comenzaron a rodar los primeros carros de pasajeros, llamados ahora chivas.

En esta década, la radio ya se había hecho muy popular y todos tenían una en sus casas. Escuchaban noticias, música, programas como "Don Toribio y su caravana de la alegría" y "Los huasos chilenos"; cantantes como Juan Álava, las hermanas Mendoza Sangurima, los hermanos Montecel, el Dúo Ecuador, etc. Las emisoras que más escuchaban mis abuelos eran: Radio

1 Marca de lámpara que funcionaba con parafina.

Cristal, Radio Sucre, Carrusel, Ondas del Pacífico; en esta última transmitían radionovelas como "Renzo el gitano", "Chucho el roto", "Una flor de tentación", "De su misma sangre", "Me acusa el pasado", etc., que oían mientras descansaban en hamacas, fumándose un cigarrillo, después de la larga faena del día.

Las casas eran altas, de caña y madera, tapadas con bijao, paja de zorro o toquilla. Todos los años, antes de iniciar el invierno, cambiaban el techo. Acostumbraban a empapelar las paredes con periódicos, que acumulaban todo el año, pegaban con almidón de yuca o con engrudo, como lo llamaban ellos, hecho de harina de trigo.

La gente del vecindario eran, en su mayoría, compadres; además, muy bien llevados y parranderos. Festejaban el carnaval a lo grande, salían los sábados en la noche, se reunían en una de las casas, allí jugaban y bailaban al son de las guitarras que ellos mismos tocaban; no faltaba el aguado de gallina criolla o el cuy asado que las señoras preparaban. Luego se dirigían a otra casa cantando "Así se hace el carnaval". De esta manera farreaban de casa en casa hasta el día martes al anochecer, cuando regresaban a sus casas a descansar, pues al siguiente día tenían que ir a misa a recibir la ceniza.

Mi abuela tenía muchas creencias. Cuando escuchaba, en la mañana, cantar al chaguis en el corredor de la casa o cuando la candela del fogón sonaba como si le estuvieran venteando, ella decía: "Hoy alguien va a venir". Entonces cogía un poco de agua y la echaba al fuego en forma de cruz, según ella para que no vinieran vacíos[2]. Y sabía cómo era, nunca se equivocaba, siempre que pasaba esto, ese día llegaban familiares o vecinos, y no venían vacíos.

Otras creencias tenían que ver con el cantar de la valdivia, el aullar de los perros o cuando la gallina negra se caía del árbol en la

2 *Venir vacío* quiere decir llegar a un lugar, de visita, sin traer un regalo como forma de cortesía.

noche, eso significaba que alguien iba a morir, lo que efectivamente sucedía. Cuando escuchaba cantar a la valdivia, echaba sal en la candela para que les arda el trasero y se marcharan, decía, y las aves alzaban el vuelo y se iban. También nos comentaba que cuando muere una persona, se mueren dos más; así, en menos de tres semanas, tres personas del sector fallecían por diversas circunstancias.

Sabía muchas historias escalofriantes, que solía contarnos acostada en su hamaca. Con miedo le escuchábamos hablar acerca de las canillas del muerto, la canción del diablo, "Funde que funde, funde nomas", historias de duendes, la caja ronca, los gagones, la aparición del samán.

Esta última me llamaba mucho la atención: nos contaba que un compadre suyo había salido muy tarde al centro. Pasadas las siete de la noche regresaba a casa caminando por la línea del tren, en la oscuridad de la noche, pues no existía el alumbrado eléctrico, la única luz que había era la de la luna y solo cuando se la veía. Avanzaba presuroso, cuando comenzó a sentir un poco de temor. No era la primera vez que regresaba a su casa por ahí, antes ya lo había hecho varias veces, pero nunca había sentido miedo. Siguió caminando, estaba cerca de un árbol de samán muy frondoso, que daba sombra media cuadra a la redonda. De pronto, delante de él vio una caja de muerto, cuya tapa se abría. Muy asustado retrocedió de prisa, luego volteó la mirada y, a lo lejos, vio la luz de un foco potente. Él creyó que era el tren que venía porque la luz se acercaba más y más, pero se elevó hacia la copa del samán, después descendió por las ramas y desapareció.

El hombre, contaba mi abuelita, con los pelos de punta, santiguándose e invocando a Dios, apretó una veloz carrera por la línea férrea, alejándose rápidamente del lugar. A ratos caminaba y a ratos corría, veía unas luces, como de un foco, que desaparecían.

Al llegar cerca de la entrada del camino que conduce a la represa, se levantaba un árbol de mango muy añoso; entonces sus ojos vieron a un toro negro que, a gran velocidad, corría hacia el mango y en su tronco desapareció. Entonces, él corrió hasta llegar al camino que conducía a la carretera, luego llegó a su casa, con el alma en la boca, a contar la odisea que vivió.

La caja del muerto, la luz del samán y el mango del toro no solamente son historias que escuché de labios de mi abuela, sino también de varias personas mayores, que por diversas razones habían salido a la ciudad y al regresar pasaban por esta situación de terror, pero siempre sucedía en la noche y cuando la persona caminaba sola.

Esta montubia, a quien Dios bendijo con una larga vida, murió a la edad de cien años. Ella, que sin saber leer ni escribir, sabía muchas historias, solía dar sabios consejos y practicaba todos los valores humanos. Siempre que estamos en familia la recordamos; en el corazón de cada uno de los hijos y nietos que la conocimos están presentes sus memorias inolvidables.

DOLORES MAGDALENA ALCÍVAR
nació en Portoviejo, Manabí, en 1974. Trabaja en la Unidad Educativa María Piedad Castillo de Leví. Su actividad favorita es enseñar.

Cómo fue mi experiencia en el terremoto del 16 de abril de 2016

El ser humano tiene la oportunidad de tener conciencia de cada minuto de su vivir diario, sin embargo, muchas veces no valoramos esos instantes que pueden ser los últimos. Para mí, el terremoto del 16 de abril de 2016 marcó un antes, un durante y un después que trataré de describir.

Estábamos entusiasmados porque el 13 de abril fue mi cumpleaños, pero habíamos quedado en reunirnos entre amigos el sábado 16 para celebrar. Eran las 18h00. Mi esposo llegó de su trabajo con una funda de pescado. Todos nos miramos con una sonrisa irónica. Le pregunté si quería comer; él, muy entusiasmado, me dijo que eso nos serviríamos por el "cumple", así que me dispuse a preparar los pescados. Se veían tan ricos. Todos ayudamos a preparar la ensalada, los patacones, el rico jugo de limón con hielo. Todo era tan perfecto: las risas iban y venían porque estábamos celebrándome de esa forma.

Cuando todo estuvo listo en la mesa, recuerdo que, antes de poner la primera cucharada en mi boca, le dije a mi esposo que nunca había visto unas caritas tan grandes y frescas como estas. Y empezamos a comer, pero no disfrutamos más de tres bocados porque todo empezó a moverse sobre la mesa. Entonces mi esposo dijo:

—¡Salgamos todos, esto está feo!

Aquí empieza el "durante" de una experiencia que nunca podré olvidar.

Nos pusimos en la puerta principal de la casa, como queriendo salir. Teníamos una impotencia desesperante porque las llaves no abrían, una y otra vez. La puerta se había trabado. Los movimientos se hicieron más y más fuertes. Uno de mis hijos buscó la otra puerta y de un solo un patazo la tiró al piso. No sé cómo pero salimos todos.

Afuera todo estaba feo, oscuro. Los vecinos gritaban, otros corrían; los perros tenían un aullido diferente, era un llanto que nunca podré describir. Todo continuaba moviéndose. Los niños lloraban y nosotros, allí entre lágrimas, pensábamos en nuestras familias que estaban lejos.

Creo que a todos nos pasó lo mismo: muchas sensaciones al mismo tiempo que no permitían pensar sino actuar. Yo quería



llamar a mi mami, a mis hermanos, a mis cuñadas y suegra, amigos, pero no podía.

Cuando estábamos ya sin luz, empezamos a escuchar un derrumbe. Entonces mi esposo me abrazó y yo le dije, muy triste:

—¡Javi, se cae nuestra casita!

Él me respondió con una voz de consuelo:

—¡No importa, mija!, eso se recupera.

Entonces escuchamos gritos de auxilio de algunas vecinas. No sabíamos cómo y en qué ayudar porque todo estaba cubierto de un polvo que inclusive impedía respirar. Valientemente mi esposo sacó su moto, la prendió y empezó a alumbrar al lugar de donde salían los llantos para pedir socorro. Nos dimos cuenta de que mi amiga Betita estaba debajo de su escalera, en el balcón de su casa, con su hijo en brazos, desesperada para que lo cogieran porque

él estaba desmayado o quizás golpeado. Hasta ese entonces no sospechábamos que Irvin estaba muerto. Lo sacamos y lo llevaron al hospital, donde confirmaron que había fallecido. La casa de mi amiga Betita, o sea la mamá de Irvin, se cayó toda, sus tres pisos terminaron en escombros.

A su regreso, el vecino que llevó a Irvin al hospital solo lloraba y se acostó en el suelo diciendo:

—¡No se salvó, murió en el camino!, llegó muerto. ¡Hay muchos cadáveres allá!

Nunca antes había tenido tantos sentimientos juntos. Consolar a alguien resultaba difícil, también intentar llamar porque ya no había señal. Nadie en mi sector logró quedarse quieto.

Lo primero que vino a nuestras mentes fue buscar espacios abiertos para permanecer juntos, porque ninguno de nosotros quería entrar a las casas nuevamente. Se nos ocurrió prestar un patio, quedarnos allí hasta más tarde y tal vez esperar otros movimientos: ese era nuestro gran temor en esos momentos.

El "después" vino: amaneció. Nadie del barrio había dormido. Tratar de buscar una respuesta a esto era el objetivo de todos. Mi familia y yo nos preocupamos por dar algún tipo de ayuda a mi vecinita que lo había perdido todo. El solo hecho de verla fue muy duro porque, como madre, no tenía palabras: ¡cómo le decía que se tranquilizara si su hijito se le había muerto en sus brazos!

Cada uno de nosotros fuimos asimilando todo, con mucho temor de salir. No había servicios básicos ni había tiendas abiertas. Empezó la escasez de líquidos y comida. Ese 17 de abril fue un despertar en una pesadilla terrible. Yo no lo entendía; hasta me atreví a preguntarle a Dios y cuestionarlo. Sin embargo, poco a poco empecé a entender y pedí perdón a mi Virgencita y a mi Sagrado Corazón de Jesús.

Puedo concluir dando gracias a Dios por todo lo que me ha dado, por esta nueva oportunidad de vida que nos dio después del terremoto del 16A. He aprendido a valorar más a mis seres queridos, a mis vecinos y amigos que lo perdieron todo, y que fueron, poco a poco, quedándose sin trabajo.

El terremoto despertó en nosotros, los manabitas, un sentimiento de respeto a la vida, a la solidaridad, al amigo y, sobre todo, a la familia. Espero que nunca más pase algo así, es mi deseo, pero sabemos que la naturaleza es compleja y ella sabrá cuándo despertar y levantar su voz de protesta, de alguna u otra forma nos hará saber qué debemos hacer para ser mejores cada día.

Hay tanto que recomendar y quiero hacerlo de la mejor manera, sin herir a nadie: a las autoridades municipales de Manabí les pido que realicen eventos preventivos en todo el sentido de la palabra, para que esto nos sirva para estar preparados como ciudadanos. Quiero agradecerles también porque, a pesar de la poca capacitación, dieron su aporte profesional en situaciones de desastres.

Les pido a las familias que vivimos esta experiencia de la naturaleza que valoremos más a quienes tenemos a nuestro lado.

MELANY SAMANTA CALLE
nació en Pedro Vicente Maldonado, Pichincha, en 2000. Actualmente es estudiante. Su hermano Maik Asanza estudia en la Escuela de Educación Básica Andoas.

Soy sanmigueleña

¡Soy sanmigueleña! Yo vengo de la eternidad de los tiempos. Llevo en mis raíces la heredad milenaria de la cultura de los yumbos. Mucho antes de que me bautizaran con un nombre que invita al descanso, di cobijo a la sangre europea que, huyendo de los horrores de la guerra, quiso encontrar otro rumbo en la paz de mi comarca; las espinas de mis guaduales y lo intrincado de mis chipaleros les retuvieron en este entorno, impidiendo que se alejaran; sus huellas en mí son mínimas, pero existen y son parte de mi historia.



Fui concebida en los albores de la colonización del noroccidente de Pichincha y adoptada como madre por ese hijo que nació antes que yo. Él, mi hijo predilecto, ha dado lustre a mi nombre y juntos nos hemos proyectado a nivel mundial; eso me ha permitido ser una madre prolífera y crear otros hijos igualmente hermosos y llenos de encanto, que me fortalecieron con el trabajo diario basado en el tesón de la gente.

Poseo una naturaleza única y especial que me ha concedido la gracia de crecer adornada por delicadas orquídeas, junto a singulares bromelias, heliconias, helechos, musgos y líquenes; soy aromada permanentemente por suaves efluvios que brotan de las multicolores flores nacidas en la exuberancia de mi biodiversidad. Aún conservo árboles primarios, escapados de la vorágine maderera que diezmó mis bosques: ellos brindan acogedora sombra y protector cobijo a la gran variedad de aves que cada amanecer me despiertan con sus

trinos, entre ellas se destacan el exótico gallo de la peña y el escurridizo tucán; quetzales de cabeza dorada y palomas collajeras; mirlos de oscuro plumaje e infinidad de candelitas, además de variadas especies de inquietos colibríes, golosos incansables del néctar almibarado de mis flores; delicada ambrosía disputada también por las silenciosas mariposas que, en su vuelo, semejan coloridos pétalos danzando cadenciosos de flor en flor.

Me he refrescado plácidamente en las aguas cristalinas de mis ríos y cascadas, mundo líquido que, cual fuente de vida, permite la crianza de peces de exquisita y apetecida carne, especies que enriquecen la gastronomía de mi gente, en hosterías y restaurantes. Mis aguas turbulentas y espumosas permiten la práctica de deportes de aventura; son una constante invitación al esparcimiento y constituyen un reto para los espíritus aventureros de mi juventud o de los turistas que me visitan y se maravillan de mi naturaleza.

Todo este encanto me ha tornado coqueta y voluptuosa, y es así que ofrezco generosamente infinidad de parajes inolvidables, espacios irrepetibles para que mi recuerdo permanezca indeleble no solo en las fotografías que me toman, sino también en el corazón y en la mente de los que me ven.

¡Soy sanmigueleña! ¡Sí, con orgullo! Soy la que con los troncos de sus primeros árboles abatidos, ofreció descanso al caminante, futuro poblador del noroccidente y pasé a ser conocida como Los Bancos.

¡Soy sanmigueleña!, a la que la bondad de un hombre inolvidable, ejemplo de humildad y de fe, no solo llenó mi espíritu de amor y temor de Dios, sino que me apadrinó y me llamó Miguel, configurando mi nombre como San Miguel de los Bancos.

¡Soy sanmigueleña!, aquella que por la cordialidad de su gente, adjetivaron y conocieron luego como El Cantón del Amor. ¡Esa

soy yo! Sanmigueleña amada por todos los que llegan a mi seno, fortalecida por los empresarios y emprendedores que creen en mí, que me tienen confianza, que están convencidos de que soy cobijo y abrigo presente para sus familias y futuro seguro para sus descendientes.

Sanmigueleña con orgullo de tierra joven y milenaria, libre, valiente y audaz. Sanmigueleña consciente de la responsabilidad que significa heredar una historia enriquecida con trabajo, sacrificio, constancia y amor; tomando cada una de esas fortalezas como incentivos que nos permitan avanzar por caminos, no de esperanzas sino de certezas, para alcanzar objetivos no utópicos sino reales, porque debemos convencernos de que el progreso de nuestro cantón debe ser un compromiso de todos, de que la unión es necesaria porque juntos debemos buscar la transformación del cantón para llegar más alto y más lejos.




RICHARD ALAVA
estudia en la Unidad
Educativa San Carlos.

El regalo de Navidad

El 25 de diciembre de 1981, en la ciudad de Quito, capital de Ecuador, nació un joven llamado Javier, hijo de padres muy corruptos que lo obligaban, desde pequeño, a estafar a los demás como ellos lo hacían, pero a él no le gustaba hacer eso porque le parecía malo.

Cuando llegó la víspera de Navidad, sus padres tenían planeado hacer una estafa a los miembros de la ciudad: supuestamente



iban a realizar un acto para los niños huérfanos para celebrar la festividad. A tres días de la fiesta, los vecinos preguntaron en qué podían ayudar y ellos respondieron pidiendo dinero para los pobres niños que lo necesitaban de corazón.

La mañana del 25 de diciembre, el día tan esperado por los vecinos, ya que se llevaría a cabo la fiestita para los pobres huérfanos, Javier se levantó muy temprano porque ese día era su cumpleaños.

—¿Adónde se van? —preguntó Javier a sus padres.

—Hijo, arregla tus cosas que saldremos de la ciudad con todo el dinero recaudado —respondieron los padres.

El joven entró llorando a su habitación, sin saber qué hacer para no irse de la ciudad; él sí quería de verdad realizar la fiestita para los huérfanos. Por eso decidió contar a los vecinos todo lo

que estaba pasando. El joven desesperado les pidió que, por favor, impidieran que sus padres hicieran tanta maldad.

Pedro, el presidente de la comunidad donde vivía Javier, decidió llamar a las autoridades para que detuvieran a un par de estafadores que intentaban huir de la ciudad con mucho dinero que no les pertenecía. Las autoridades llegaron de manera inmediata, y con testimonio de Javier detuvieron a los estafadores.

Con el dinero, Javier decidió unirse a los vecinos para realizar la fiesta de Navidad, en la cual obsequiaron a los pobres ropa y dulces, y además compartieron un bello momento, lo que demostró que todo se puede hacer con unión, fuerza y sobre todo amor.

CHRISTIAN JAVIER NAVARRETE
nació en Quito, Pichincha, en 1985. Trabaja en la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es leer y aprender.

A veces es difícil encontrar las palabras

Había caminado por mucho tiempo sin rumbo por la ciudad. Le gustaba observar a las personas pasar y pensar qué era lo que les movía o motivaba como sujetos, qué experiencias rondaban por sus vidas. Sentado en el parque por un largo rato,

viendo pasar la vida de los demás, decidió levantarse y dirigirse hacia una agencia bancaria. Eran las 14 horas de ese día. La fila para alcanzar la ventanilla era interminable, la gente se quejaba por la falta de consideración con el tiempo y por la ausencia de personal bancario para contribuir con las necesidades de los usuarios. Después de hacer fila por más de media hora, rebuscó en sus bolsillos, encontró el poema que había transcrito de un libro que le gustaba y pensó que eso era mejor que cualquier cosa que pasaría en ese sitio lleno de dinero.

En la fila del banco, Elías se encontraba nervioso, sabía que tenía que hacer lo que se proponía. Pensó en todo lo que podía pasar. Creerán que es un ladrón y lo arrestarán, o lo golpearán y acompañarán, violentamente, a la salida, pero las fichas estaban jugadas: tenía que hacerlo a pesar de las circunstancias, para eso fue a la agencia bancaria.

"Esto es mejor que colocar una bomba en este lugar, esto va a mover conciencias", se repetía en la cabeza mientras tomaba coraje. Se puso a mirar, de un lugar a otro, todos los rincones de la agencia; observaba al guardia que lo veía con cara de miseria; las y los cajeros estaban ocupados atendiendo a todas esas personas que se encontraban apuradas, llevándose y dejando el dinero para ir a ningún lado.

La fila seguía del mismo tamaño desde hace quince minutos. Elías seguía repasando ese trozo de papel. Las piernas le temblaban y la vergüenza se le podía observar en su rostro. De reojo miraba a la señora bajita que tenía en sus manos un fajo importante de dinero que iba a ser depositado y que lo miraba con desconfianza, como a todos los demás; al otro lado, un jubilado se disponía a retirar dinero para sobrevivir un día más.

"La gente cree que el dinero es lo único que tiene. El dinero no es nada. El dinero no permanece. No saben la suerte que tienen



aquellas personas pobres, porque si le agradas a alguien siendo pobre, el dinero pierde su poder", pensó desde el silencio de su mirada perdida en el papel que poseía como un pájaro enfermo en su mano. Continuó pensando en las posibilidades de su maniobra. Mientras la fila continuaba a baja velocidad, las personas se acostumbraron a su posición de letargo. Elías pensó que ese era el momento preciso para hacer lo que tenía que hacer. Ligero, carraspeó para afinar la voz, se disponía a largar su participación, pero en ese instante, cuando iba a salir la primera palabra de su boca, se percató de que alguien lo observaba: parecía que sabía lo que iba hacer.

Era una chica alta, de mirada desconfiada, con una cartera roja, al igual que sus labios; tenía los ojos puestos en él, como alentándole a que hiciera lo que quería hacer, sin embargo, aquello frenó todo intento. La miró ocultando su plan, leyó otra vez su

papel arrugado y mojado por el sudor de sus manos. La muchacha movía su cabello mientras las palabras se sumergían en la mente de Elías, sus miradas nuevamente se cruzaron con desconfianza. La escena se presentaba cotidiana, pero se coordinaban las acciones con las palabras y en ese momento todo se convirtió en ese verso.

Era la posibilidad perfecta para lanzar el plan. Cerró los ojos, quedó en silencio por un minuto. La persona que se encontraba atrás de él, lo empujaba para que siguiera y así sentirse más cerca de la ventanilla, pero faltaba muchísimo para eso. Elías, inmóvil, sacó su voz seca y ronca por todo lo alto. Todos lo miraron con asombro. Cada palabra que pronunciaba con esa voz convincente iba haciendo mella en todo el lugar. Los guardias no sabían qué hacer ni qué sucedía. Por un momento las ventanillas de servicios dejaron de funcionar, las personas guardaron su dinero por un reflejo condicionado de no poseer nada, todas las miradas se las llevaba Elías: unas de desconfianza, otras de asombro, otras simplemente de un vacío existencial. El silencio se instaló por unos segundos en el recinto, todo era confusión, pero el silencio reinaba, el más profundo y hermoso silencio que nunca nadie había experimentado a lo largo de su vida.

Elías miró a la muchacha con vergüenza, agachó la mirada y luego sus ojos vieron a todos los lados del banco. Se dio cuenta de que estaba atrapado entre tanta gente. Sus únicas ganas eran de correr. Después de segundos de estupefacción, la muchacha empezó a aplaudir, seguida de muchos otros a los que no les importó más que ese momento. Elías levantó el hilo de terciopelo que lo aprisionaba en la fila, caminó con impaciencia, sin mirar atrás mientras los aplausos se iban extinguiendo y la rutina regresaba al día normal en la agencia bancaria.

“Ha terminado el mes y el hijo sin venir y mi hermano sin volver. Ha terminado el mes y no te amé las piernas y no escribí

ese poema del otoño en mi pueblo, y pienso, pienso, pienso, y se fue otro mes y no hicimos la revolución todavía". Esta frase aún se escucha en aquella agencia bancaria cuando impera el silencio.

EDUARDO ANCHUNDIA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Carlos.

El susto de Gabriela

En más de una ocasión se han escuchado historias sorprendentes, pero la que voy a contar la escuché una mañana de marzo, cuando me acerqué a saludar a una amiga de unos setenta y cinco años, más o menos. Para asombro de muchos, ella no usa lentes y tiene una sonrisa amigable que llena de confianza a todos.

—Eduardo, a los tiempos que te dejas ver —expresó doña Digna, como cariñosamente la llamo. Me invitó a compartir una taza de chocolate caliente.



—Fíjate que hoy amanecí acordándome del viejo alemán Federico von Buch Fol. ¿Dónde lo habrán enterrado?

—Dicen que se fue a vivir a Salinas, otros comentan que regresó a su Alemania. Don Federico fue el dueño de una gran hacienda que estaba a las orillas del río Quevedo. ¡Era una hacienda hermosa!, con una casa grande de dos pisos y un largo balcón —dijo doña Digna. Lo describía todo como si hubiese visitado ayer la hacienda—. Un buen día don Federico fue al banco a retirar dinero para pagar a sus trabajadores. Él ni siquiera contó los billetes delante de la chica que lo atendió. Al caer la tarde, empezó a pagar a cada uno de sus trabajadores, según el orden de la lista. Ya te imaginarás la alegría de los campesinos al recibir su semana de pago, así podrían volver a sus casas, cargados de galletas, mortadela y otros víveres, para calmar el hambre de sus familias; aunque algunos se iban a gastar la plata en el salón JJ, que en esos tiempos quedaba en el malecón

—seguía contando mi apreciada amiga Digna. A propósito, al ver sus ojos noté una leve nostalgia, en la cual no quise indagar para no cortar el emocionante hilo de la conversación.

—Sucede que luego de pagar a todos y cerrar sus cuentas —dijo Digna—, le sobraba dinero. Fue entonces que don Federico comprendió que la chica de la ventanilla le había entregado dinero de más.

—¿Y qué pasó? —pregunté presuroso.

—Espérate —me respondió doña Digna—. La chica del banco había estado al borde de la locura. Ese día recién había entrado a trabajar, estaba desesperada, no tenía idea de cómo decirle a su jefe que le faltaba dinero y que a alguien le había pagado de más. Desde luego, su poca experiencia la llevó a cometer tremendo error. Contaban sus compañeros de trabajo que la chica sudaba frío y estaba pálida —sentenció doña Digna.

—Usted exagera —dije.

—La chica era hija de un prestigioso contador guayaquileño. Su más grande temor era que la despidieran del trabajo y regresar a Guayaquil, con tremenda vergüenza. Gabriela se había ido a estudiar a Guayaquil. Era una chica sencilla y muy guapa, se parecía bastante a la mamá, doña Celeste Arévalo. Dicen que allá dejó a un pretendiente que era marinero —dijo doña Digna sin titubear en su relato—. Lo cierto es que se terminó la jornada de trabajo en el banco. Entonces, de repente, antes de que el guardia cerrara la puerta de acceso, ingresó la figura de un hombre apuesto, alto y de ojos verdes. Ya quedaban escasos clientes en el interior de la entidad bancaria, en la pequeña ciudad de Quevedo, donde todos se conocían. Asombrados, todos saludaron a don Federico von Buch Fol, a quien los lugareños decían Federico Vonbúfalo, seguramente porque no sabían pronunciar bien su

apellido extranjero. Don Federico no habló, buscó apresurado con su mirada a la guapa chica de la ventanilla. Ella ni siquiera se había percatado de la extraña presencia del cliente, pues estaba concentrada en ajustar sus cuentas que, a esa hora, estaban todas descuadradas.

—Señorita, buenas tardes. ¿Es usted Gabriela? —preguntó don Federico. Ni siquiera la dejó responder, puesto que del maletín sacó varios fajos de billetes, que puso junto al vidrio, y de inmediato le dijo—: ¡Usted me pagó de más, este dinero no es mío!

La chica de la ventanilla se quedó muda, no podía expresar palabra alguna, sus manos estaban temblorosas. Al rato, tomó las manos de su salvador y le dijo:

—Muchas gracias, señor, usted sí es un hombre honrado.

Los sorprendidos clientes, al darse cuenta de lo ocurrido, murmuraron entre sí, diciendo que don Vonbúfalo era un hombre honesto. Ahora sí Gabriela podría cuadrar sus cuentas y poner en orden su cabeza, que había estado perturbada todo el día.

—Fue el susto de mi vida —repetía a cada rato—. ¡Gracias a Dios aún hay hombres honestos!

—Aprende —me dijo doña Digna—. No todo en la vida es dinero. El mayor tesoro que tenemos las personas está en nuestras buenas acciones, que enriquecen la personalidad del ser humano.

Así concluyó nuestro diálogo. De verdad que aprendí mucho ese día. Y es que uno aprende de los ejemplos de otras personas.




KORAIMA TORRES
nació en Tabacundo, Pichincha, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es nadar.

Perro callejero

Camino por veredas, calles y barrios desolados, con mi estómago ávido por el hambre y mi corazón incipiente ante la crueldad e insensibilidad de los llamados humanos: ellos me desprecian por mi aspecto, aun cuando alegre y atento muevo mi cola con entusiasmo, esperando con alegría una muestra de afecto y un trozo de pan escueto para calmar mi dolor y el hambre que invade mi cuerpo.

Días de intenso dolor y sufrimiento se han apoderado de mi existencia, lo que ha dejado mi cuerpo demacrado, con el pellejo



pegado a las costillas, con mi estómago herido y hambriento. Arriesgando mi vida recurro a diversos lugares, en muchos no soy bienvenido, me miran con asco, miedo y desprecio; a veces no bastan las miradas, recibo golpes y gritos. Ya cansado de maltratos e indiferencias, decido emprender la búsqueda de nuevos lugares, impulsado por la angustia y soledad, pero para llegar debo realizar largos viajes bajo el intenso sol y buscando un poco de agua en lugares desolados y desérticos para así calmar mi garganta seca.

Voy casi inconsciente, sin energía. Muchas veces, con la esperanza de encontrar sombra para calmar el ardor que siento, algunas personas que me miran también me ignoran; y aunque no tengo voz, dentro de mi ser doy gritos desesperados a oídos sordos, suplicando ayuda y piedad.

Sigo con mi camino. Cuando el ocaso cae, la luna despierta y desesperados chorros de agua caen sobre mí, caminando a ciegas,

empapado y con frío, sintiendo temor de dar un paso en falso. Entonces aparece una luz que me brinda tranquilidad y me hace pensar que al fin he llegado a mi destino, y al tratar de acercarme recibo un gran golpe que, con facilidad, lanza mi cuerpo por los aires. Ahora no siento mis piernas y mis costillas están rotas, se humedecen mis ojos y el llanto se apodera de mí, pido ayuda pero nadie logra escucharme. Otra luz aparece, tenía esperanzas de que sintieran piedad y me ofrecieran su ayuda, pero no fue así. Ahora me he resignado y sé que cualquier cosa que me pase y adonde quiera que vaya será mejor que esta miserable vida…

Soy un perro callejero y esta es mi historia.




CÉSAR MARTÍN GARCÉS
nació en Quito, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Academia General Carlos Machado. Su actividad favorita es el tenis.

Oswaldo “el Viejito” Moreano

En Otavalo han sido varios los personajes que, diariamente y durante toda su historia, han compartido momentos y vivencias con varias generaciones. Tengo la suerte de ser nieto de uno de esos personajes: para mí es el abuelito Oswaldo, para Otavalo es “el Viejito” Moreano.

Desde muy joven mi abuelito manifestó, para sus amigos y familiares, una cualidad que a lo largo de su vida le abrió varias

puertas, un don único: la humildad. Tomó la decisión de buscar días mejores en la capital del país. Trabajó y aprendió todos los oficios posibles: desde auxiliar de ventas, pasando por electricista, hasta ayudante de transporte. En cada uno de ellos demostró dedicación y responsabilidad.

En uno de los viajes a su tierra, a visitar a la familia, conoció a Gladys Acosta, mi abuelita, situación que cambió su vida radicalmente. Dejó sus venturosos días en Quito para establecerse nuevamente en Otavalo y aprendió su oficio más reconocido: el de carpintero, de manos del maestro Pedro Pareja. Al tiempo que entregaba sus obras, poco a poco y pensando en su futuro con Gladicita, tallaba los muebles que luego formarían parte de su hogar.

Con muchas ilusiones y necesidades, decidió proponerle matrimonio a la mujer de su vida. Así construyó un hogar que tiene más de sesenta años y del cual nacieron tres hijos, ocho nietos y tres bisnietos. Cada uno de los integrantes de esta bella familia puede resaltar las cualidades de mi abuelito; por ejemplo: su esposa ve en él a su eterno compañero, sus hijos ven su esfuerzo por sacar adelante su hogar, sus nietos comparten día a día su amor y sus bisnietos ven la experiencia de toda una vida.

Otavalo y varias de sus generaciones también han tenido la suerte de recibir del Viejito su compañía, dedicación, amor y experiencia. En su primer trabajo en Otavalo, en la empresa eléctrica, entregó la energía que la ciudad necesitaba para cumplir con su cotidianidad; luego, en el municipio y bajo las órdenes de otro gran otavaleño, el señor Vicente Larrea, creó los carros alegóricos que engalanaban las fiestas del Yamor, los mismos que por su belleza representaban a la ciudad en desfiles en otras ciudades; instaló en la ciudad un ícono de ese entonces: el Cascarón de la Alegría, donde los jóvenes festejaban el Yamor; finalmente llegó al querido Colegio Nacional Otavalo para impartir clases de carpintería y dibujo técnico.



Dice mi papi que, de seguro y sin dudar, en varios hogares otavaleños, desde las aulas del colegio, hay muebles de madera hechos por las manos hábiles de mi abuelito que hasta hoy deben dar servicio. Algo más que podemos recordar, y que vivieron cada 6 de enero, es el desfile de Día de Inocentes creado por mi abuelito; yo no pude verlo directamente, pero las fotografías testimoniales me indican que la fiesta se encendía; en las fotos puedo ver, en su taller, las caretas y disfraces que utilizaban; además, tengo la suerte de escuchar de sus labios las historias que año a año se creaban en los desfiles, cuando escucho estas historias me doy cuenta del amor y la pasión que entregaba a cada una de sus tareas asignadas.

Hoy, viviendo con los beneficios de la jubilación, volcó todos sus esfuerzos a crear juguetes, muchos de los cuales hoy colecciono con orgullo. Cómo olvidar sus nacimientos en la época navideña, los mismos que, con la complicidad de la abuelita

Gladys, recreaban con detalles minuciosos los rincones más emblemáticos de su querido Otavalo.

Como reconocimiento a su trabajo y dedicación, con mucha humildad, ha recibido varios homenajes: el principal es el cariño de toda una colectividad. Para nosotros, su familia, tenerlo como el eje de nuestra unión es un orgullo y es una responsabilidad seguir su ejemplo de trabajo y amor a su Otavalo.

MÓNICA PATRICIA GALLEGOS
nació en Cotacachi, Imbabura, en 1972. Trabaja en la Unidad Educativa Eloy Proaño. Su actividad favorita es hacer deporte.

La bicicleta de don Juanito

Urcuquí, cantón ubicado al noroeste de Imbabura, tierra fecunda y rodeada de gente amable, trabajadora y llena de virtudes, vio nacer al señor Juan Patricio Chicaiza Ramos un 2 de junio de 1921; sus padres fueron José Manuel Chicaiza y Rosita Ramos.

Vivió sus primeros años y parte de la niñez en el sector de San Ignacio. A su corta edad asistió a la escuela de su tierra natal, donde

su primer profesor fue el señor Luis Humberto Benítez, oriundo de Atuntaqui. Por cosas de la vida pasó a la escuela de Coñaquí, donde su profesora fue la señorita Isabel Roma, nativa de Urcuquí. Para tercer y cuarto grado pasó a la escuela de Imantag, Pedro Fermín Cevallos.

Su padre, don José Chicaiza, decidió retirarlo de la escuela a la edad de diez años, cuando aún era un niño deseoso de jugar; dejó su pizarrita de lata, que en ese entonces se utilizaban las escuelas fiscales. Automáticamente dejó de ser un niño y se transformó en un peón de albañilería, ganaba tres reales diarios. Gracias a su padre se fue formando como un joven responsable, honesto, trabajador, honrado y, en general, con buenos valores.

En Cotacachi conoció a la señora María Francisca Cortés, con quien contrajo matrimonio. Su hogar fue bendecido con cinco hijos: Fabián, Laurita, Patricio, Rebeca y Paquita.

Don Juanito, en su juventud, trabajó como escribiente en diferentes haciendas, entre ellas Tunibamaba, Peribuela, Los Molinos y Colimbuela; posteriormente trabajó en el ingenio de Tababuela. Un 22 de enero de 1965, a la edad de cuarenta y cinco años, obtuvo el nombramiento de conserje en el Colegio Técnico Superior Luis Ulpiano de la Torre; en ese entonces era rectora la ya difunta señora María Inés Cevallos, con quien laboró algunos años. Después asumió las funciones de rector el señor profesor Gustavo Báez Tobar, quien vio la necesidad en el trabajo de mensajería que realizaba don Juanito, y por consideración con él decidió adquirir una bicicleta para que cumpliera sus labores. La bicicleta, además de ser un instrumento laboral, se convirtió en un compañero indispensable.

Don Juanito, junto a su bicicleta, vio pasar por el colegio a muchas autoridades y varias generaciones de estudiantes. Don Jhon, como cariñosamente solían decirle alumnos y docentes del



establecimiento, fue testigo de cómo el colegio fue surgiendo y adquiriendo un prestigio que le llenaba de orgullo y satisfacción. Don Juanito y su bicicleta, siempre al servicio de la comunidad educativa ulpianina, con mucho pesar tuvieron que ver partir a grandes compañeros de trabajo, que por una u otra situación se retiraban del colegio.

No solo en el colegio conocían a don Juanito, Cotacachi y toda la ciudadanía fueron testigos de los recorridos que él realizaba por las calles, cumpliendo con su trabajo de mensajería en su indispensable bicicleta. Así pasó cuarenta y cinco largos años como empleado público del Instituto Tecnológico Luis Ulpiano de la Torre, hoy unidad educativa; él miró el derrumbamiento de aulas y oficinas que, por largo tiempo, fueron su vivienda y, por qué no decirlo, su propia casa. Estas se reemplazaron por grandes estructuras, no obstante, a pesar de los cambios, siempre hubo

un rinconcito donde guardaba su bicicleta: este espacio fue muy sagrado y al final de cada jornada de trabajo, ahí descansaban don Juanito y su bicicleta como en su propia casa.

En 2010 don Juanito decidió, con mucho pesar, acogerse a los beneficios de la jubilación, y pese a haber recibido el cese de funciones, siguió visitando la institución, pero ahora la bicicleta le acompañaba no como medio de transporte, sino como apoyo y soporte para llegar, día a día, a su amado colegio, ya que sus noventa años ya no le permitían utilizarla como años atrás. Sin embargo, ella le acompañó hasta 2014, año en el que definitivamente la dejó descansar.

Se debe recalcar que don Juanito siempre estaba pendiente de darle mantenimiento a su bicicleta, porque él sabía lo valiosa que era para poder cumplir, a carta cabal, con sus labores diarias. Pese a los años transcurridos, la bicicleta sigue acompañándolo como un recuerdo de todas las experiencias vividas al servicio de la comunidad educativa.

Don Juanito es un personaje querido en Cotacachi por ser un hombre lleno de virtudes, trabajador incansable, padre cariñoso y bondadoso que transitó siempre en su bicicleta, su compañera de toda la vida.

El gobierno autónomo descentralizado de Cotacachi, con el señor Jomar Cevallos como alcalde, en la sesión solemne del 6 de julio de 2017, condecoró a don Juanito por la utilización permanente de la bicicleta como un medio de transporte no contaminante.




IRENE CABAY
nació en Guayaquil, Guayas, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Particular Pdte. Carlos Julio Arosemena Tola. Su actividad favorita es enseñar con alegría y paciencia lo divertido de la Literatura.

¡Mama Michi!

Una mañana fría de carnaval, caminaba de la mano con mi abuela por la Primera Constituyente; llevaba mi ponchito triangular con rayas café y borlas en las puntas. De pronto, escuchamos un grito a media calle:

—¡Mama Michi! ¡Mama Michi!

Alguien repetía insistentemente el nombre de mi abuela. Las dos volteamos al mismo tiempo y una señora bajita, un tanto gordita y de tez morena, más bien quemada por el sol, se acercaba. La estrujó con un efusivo abrazo.

—Mama Michi, ¿cómo así por acá? Hace tiempo que no la vemos. ¿Cómo la trata el manso Guayas?

Mi abuela, que apenas esbozaba una sonrisa, contestó:

—Aquí no más, mijita: viviendo.

—¿Y cómo está el tío Alonso? ¿El tío Alonsito? —replicaba la señora.

—Bien, bien, por ahí visitando a la familia está.

—¿Y esta guagua?

—Es mi nietita, hija de Alonso, la mayor.

—¡Ah! ¡Qué grande está!, yo la conocí chiquita, solo tenía un añito.

Y yo no tenía ni idea de quién era la señora.

—Salude, hijita —me dijo la abuela, y yo rápidamente saludé tal cual me había enseñado ella.

—Buenos días de Dios —dije y le extendí mi mano a la señora.

—Mama Michi, hay tanto que contarle. ¿Se acuerda de don Tarquino, el viejo? Ya anda todo achacoso, con bastón, todo le molesta, los ochenta y cinco años le han cogido de más, pero usted está toda regia a sus noventa.

Mi abuela oronda le dijo:

—Así mismo es cuando se come bien: harto mote, chochos, papitas…

—¿Y se acuerda del tío Bolo? Bueno, se enroló en la Marina, por ahí anda, conociendo mundos. ¿Y de la Rosarito? Prontito se hizo de marido, pero no le salió muy bueno que se diga, le hizo una guagua y se perdió.

Mi abuela, con voz imponente, contestó:

—Estas guambras carishinas: aún ni saben cocinar bien y ya andan buscando marido.



—Cierto es, ojalá ya siente cabeza la guambra.

Y así pasaron como veinte minutos, quizás un poco más: mi abuela escuchaba, sonreía y a ratos opinaba, pues la señora la puso al tanto de todas las venturas y desventuras de la familia, hasta que en un momento dijo:

—Bueno, Mama Michi, me despido: voy aquí nomás a La Merced a comprar motecito. Qué gusto encontrarla y conversar un ratito. No se pierda, vaya el martes de carnaval a la casa, que doña Carmen mata el chancho que engordó, y usted sabe que un buen hornado con cariucho y un canelazo no han de faltar.

—Mejor con chichita huevona —dijo mi abuela.

—También, también: ¡qué bandida, Mama Michi! Vaya para bailar unos sanjuanitos hasta el amanecer.

—Bueno, hijita, ya le diré a Alonsito para ir, salude a la familia y al viejo Tarquino de mi parte.

Y la señora volvió a abrazar fuertemente a mi abuela. Cada una siguió su camino, en distintas direcciones, sin voltear, y yo con la inquietud de saber quién era la señora que la saludó y conversó tanto, que además me conocía. La curiosidad pudo más, así que a la media cuadra le pregunté a mi abuela:

—Abuelita, ¿quién era la señora con la que conversabas tanto?

Y mi abuela, tan inesperadamente, me contestó:

—Qué sé yo, mijita: tanta familia que uno tiene, no me acuerdo; y apura el paso que nos atrasamos a misa, guambra preguntona.

Así quedé yo, impávida con la respuesta, sin saber hasta hoy quién era la señora que con tanto entusiasmo contó a mi abuela los pormenores de la familia. Y ese martes de carnaval sí comimos hornadito con cariucho y chicha huevona, pero no en la casa de la desconocida señora, sino en La Condamine, pues mi abuela nunca se acordó el nombre de ella.

Y es que en la Riobamba de ese tiempo, todo mundo conocía a Mama Michi, pero Mama Michi no conocía a nadie o, más bien, con sus noventa años a cuestas no se acordaba de nadie. Eso sí: siempre recordaré a mi abuela por su fortaleza, una energía incansable para trabajar, muy mal hablada, pero con un gran corazón solidario y bondadoso.

RAIMUNDO GERMÁN CADENA
nació en Tulcán, Carchi, en 1971. Actualmente es docente. Su hijo Diego Mauricio Cadena Ayala estudia en la Unidad Educativa Cristóbal Colón.

Los centavos

Cada mañana, cuando empieza un nuevo día, como siempre acostumbro persignarme y agradecer al Todopoderoso por otra nueva oportunidad de vida. Esta costumbre nació cuando era pequeño: le veía a mi padre hacerlo cada vez que salía de la casa. Así se hizo esta costumbre que, al mismo tiempo, quiero que mis hijos también la realicen, para continuar la tradición, pues mi abuelo la hacía también.

Tras las comunicaciones de las noches con los amigos, con los que confirman, cuando empieza el día, emprendemos una nueva

aventura de correr o caminar por las calles de mi terruño. Salimos a las cuatro y media de la mañana para poder cumplir un reto más: alcanzar algunos kilómetros. Estos momentos tienen muchos significados: mientras trotamos en grupo, siempre contamos chistes para pasar momentos amenos y disfrutar del trayecto. También es un desestresante que permite empezar un día más de trabajo con ánimo y con ganas de darlo todo. Con esta terapia, como yo le llamo, aprendemos mucho: noticias, acontecimientos cosas de la vida y, lo mejor, las experiencias de todos, ya que compartimos anécdotas y nos disipamos al ver un nuevo amanecer, al ver paisajes que pocos tenemos la oportunidad de mirar. Cuando nos dan las seis de la mañana, todos nos trasladamos a nuestros hogares para poder alcanzar y llegar a tiempo al trabajo.

Pero la historia recién empieza aquí: hacer deporte me ha hecho meditar mucho. Esto me ha permitido darme cuenta de las cosas que he encontrado en las mañanas, al realizar la actividad física, cosas que al parecer no valen y que dejamos en el suelo, cosas a las que no les damos el interés necesario. Algunos de los objetos encontrados son las moneditas de un centavo, que para unos son despreciadas, pero muchos otros las conservan diciendo: "De centavito en centavito se llena el chanchito". Empecé a recolectarlas y a ponerlas en un monedero de cuero. Veía que eran muy importantes porque cuando tenía que pagar, por ejemplo, cinco dólares con tres centavos, yo pagaba con mucha facilidad. He escuchado a otros decir: "Cuando me dan esas monedas, las boto lejos, ya que el bolsillo me lo rompen", pero aquí cuánta falta que hacen, esto se nota al pagar los servicios básicos.

Esto me llevó a prestar más atención. Observando los sucesos diarios, sin perder de vista las coincidencias de la vida, entendí que nosotros, las personas, tenemos una relación con los centavos en la que, por momentos, somos casi iguales, pues muchos creemos



que no somos indispensables, decimos “De esta agua no he de beber” y la dejamos correr. Justo un día pasamos por un hospital donde llegaban heridos que necesitaban donantes de sangre: no importaba quien fuera —no se veía el estatus social, la religión o el partido político a cual perteneciera, ni ninguna otra cosa—, lo que importaba era salvar la vida del otro. ¡Qué importantes fuimos! Nos desprendimos de toda vanidad y, como los centavos, como yo denominaba a las personas que parecen no ser importantes, salvamos vidas. Esa fue nuestra tarea de ese día: una nueva oportunidad para enmendar nuestros errores y poder vivir mejor.

Nuestra misión se cumplió: pudimos colaborar con lo que teníamos. Cuando salió una persona, no sabíamos qué reacción tendría, pero, al final de cuentas, nos estrechó la mano y nos agradeció. Nosotros no conocíamos a quiénes habíamos ayudado, pero, a los pocos días, una mañana se acercó alguien desconocido,

con la intención de agradecernos por el gran gesto que tuvimos ante él. Lo que él quería era demostrar su agradecimiento personalmente y conocer de quién era la sangre que ahora corría por su cuerpo, la sangre que le salvó la vida.

Por tal razón y de tal modo, las moneditas sirvieron, un centavo es importante, como todos somos importantes en la vida de todos, ya que, sin querer, nos necesitamos unos a otros. Somos grandes y muchas veces no lo sabemos, hasta que nos sucede algo como salir a correr con tus nuevos amigos.




DIEGO PICÓN
nació en Tena, Napo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Francisco Javier. Su actividad favorita es andar en la bicicleta.

El zapato del malecón

En una noche bien clara, con la luna resplandeciente del oriente, nos topamos todo el grupo de los Triple A —nos solíamos llamar así porque nuestros nombres comenzaban con la letra A: Álex, Airthon y Apdiel—. Esa noche quedamos en salir a medianoche para ir al malecón que se había inaugurado recientemente. Al grupo se había colado un amigo al que le decíamos Michu.



Entonces partimos: caminamos y caminamos. Eran más o menos diez kilómetros los que debíamos andar. Mi amiga Apdiel había invitado a otro amigo, al que le decíamos Pato. Seguimos con nuestro camino hasta que llegamos. No había mucha gente como la que solía haber.

Después de tomarnos algunas fotos, apareció la clásica persona que da ideas alocadas, diciendo que nos subiéramos a los juegos infantiles. Hicimos el típico juego de piedra, papel y tijera para saber quién se subiría al caballo que va para adelante y para atrás. No sé cómo pero perdí. El Álex y el Michu empezaron a empujarme exageradamente.

Después de un rato escuchamos un pitazo, pero no le hicimos caso. Seguimos jugando hasta que, de pronto, apareció un guardia que tenía uno de esos aparatos que electrocutan. Nos persiguió. Parecía que estaba cerquita porque el aparato sonaba durísimo,

así que corrimos y corrimos, y el guardia nos siguió; no sé cómo pero él resistía.

Para salir a la avenida principal tocaba pasar por una subida bien alta. Eso hicimos. Cuando ya casi llegamos a la principal, se le salió el zapato a nuestro amigo. Él pretendió regresar a recogerlo, pero como el guardia estaba cerca de nosotros, mis amigos le dijeron que no, y por el tremendo susto que teníamos, decidió dejarlo ahí tirado. Y ya pues, ni modo, tuvo que regresar a su casa chulla zapato.

Durante la bajada se nos ocurrió contar historias de terror, justo a lo que pasábamos por una parte que es oscura. El miedo que teníamos nos comía y justo comenzó a cantar un búho. Eso, junto con la experiencia del malecón, nos mató del miedo, así que decidimos pegarnos la carrera hasta nuestras casas. En mi casa me metí en la cama y no salí hasta el siguiente día.




SONIA SILVANA SILVA
nació en Pujilí, Cotopaxi, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa Once de Noviembre. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

La Virgen de los Dolores

En el cantón Pujilí, perteneciente a la provincia de Cotopaxi, vivían los señores Luis Tapia y su esposa Dolores Zumárraga, conocidos en el pueblo por su don de gentes y por ser personas acomodadas, familiares de sacerdotes y monjas —la Iglesia exigía que provinieran de este tipo de familias para poder servir a Dios, dentro de la religión católica—.



Ellos fueron mis bisabuelos. Yo adoraba visitar su casa: en ella había tantas curiosidades y cosas bonitas traídas desde París, pedidas expresamente por mi bisabuelo, a quien cariñosamente decíamos Papá Lucho. Me gustaban sobre todo los perfumes que tenía mi bisabuela Mamita Lola. Las bisnietas los visitábamos con frecuencia para acompañarlos y disfrutar de las historias que él nos contaba. Para que estuviésemos cómodas, él mandó a construir, en la mitad de la sala, un graderío tipo cine, con una chimenea en la mitad, que forma figuras con los ladrillos decorados de la casa.

A mí me gustaba escuchar la historia de la Virgen de los Dolores, que ahora les voy a relatar de la mejor manera que mis recuerdos me lo permiten. La Virgen de los Dolores, conocida en el pueblo como La Lolita, había sido traída de París por pedido expreso de Papá Lucho, junto con un Cristo crucificado. La Virgen tiene una estatura aproximada de un metro cincuenta, quizá un metro

con sesenta. Su cara es de una perfección y diseño inigualables, sus facciones fueron creadas con delicadeza, pero tiene una particularidad: hay días en que se le forman unas ojeras enormes y rojizas, que se interpretan como las lágrimas derramadas cuando se pide algún favor por su hijo, como respuesta a las oraciones de los fieles. Su cuerpo es de madera, diseñado como el de las mujeres más bellas de la Tierra. Tiene una cuerda que le permite caminar.

Papá Lucho nos contaba que la Virgen era muy andariega, por lo que tenían que ir a buscarla en sus propiedades, que se llamaban El Cardón, Patoa y El Calvario. A la Virgen la adoraban todos los habitantes del pueblo; hasta la actualidad son muy devotos, lo que expresan con un dicho muy propio de la localidad: “Hay que confiar en La Lolita: aunque nos hace sufrir, no se olvida de nosotros”.

Para la procesión del Viernes de Concilio, el párroco de la iglesia le pidió prestada la Virgen de los Dolores a mi bisabuelo. Él aceptó con la condición de que fuera devuelta a la capilla de su casa. La Virgen salió a la procesión, pero cuando esta se acabó, ella no fue devuelta. Mi bisabuelo reclamó, pero la señora Josefina Riera no quiso entregarla a su dueño y se apropió de ella. Mamita Lola sufrió demasiado y empezó a perder la razón. Entonces Papá Lucho inició una demanda, primero al párroco y luego a la señora Riera, pidiendo la devolución de la Virgen, pero las autoridades indicaron que la Virgen era una riqueza religiosa de los ciudadanos de Pujilí.

Papá Lucho y Mamita Lola lloraron desesperados y rezaron en la capilla de la Virgen, pidiéndole que regresara a su casa. En una de esas noches de dolor, soñaron con la Virgen: ella les dijo a mis bisabuelos que no sufrieran porque no se iba a quedar allí, sino que tenía que regresar a su casa. Una semana después, la hija de la señora Josefina Riera sufrió una parálisis facial muy fuerte, que no

se curaba con nada, y luego la misma señora empezó a adolecer de una enfermedad que ningún médico pudo curar. Pocos días después, se incendió la casa de la señora y la Virgen salió caminando y regresó a su capilla, en la casa de mis bisabuelos. A partir de ahí, la señora sufrió muchos percances en su vida. Llena de arrepentimiento, fue a pedir perdón a Papá Lucho: solo entonces volvió la tranquilidad a su familia.

La Virgen de los Dolores existe todavía hoy en Pujilí. Su dueña es la señora Berthita Tapia, que es mi tía: ella heredó la Virgen porque se quedó a vivir en la casa de los bisabuelos, cumpliendo así las condiciones para heredarla.

Todos los Viernes de Concilio le cambian la ropa, le dan cuerda y le hacen caminar antes de la procesión por las calles del pueblo, acompañada de sus devotos. Los zapatos que le cambian los heredan las mujeres de la familia en orden de edad y por sus acciones. Espero heredar de nuevo los zapatos de mi Lolita.




JORDAN MARCELO VÁSQUEZ
nació en San Rafael, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional La Inmaculada de Otavalo. Su actividad favorita es la escritura.

Ya no se siente la etnia indígena

Han pasado ya noventa años desde que nació un robusto indio, nueve décadas en las que demostró firmeza, alegría y un gran sentimiento profundo la herencia que le dejaron sus antepasados. Awky fue el último de toda una nación indígena que no valoró y dejó de existir con paso de los años, pues, aunque todavía existan pocos, ya no tienen la misma vibra para sobrellevar, por muchos



años más, la resistencia indígena frente a una sociedad que desaparece en las entidades paganas.

Awky siempre tuvo sucesores, pero todos se rindieron y fueron vencidos por el lujo de conocer la palabra *moda*, todos se marcharon como aves a conocer nuevos lugares; fue un paso donde el viento y el tiempo se llevaron todo. Su único discípulo, Sairy, quien trató de ser fiel a su mandato, iba todas las mañanas para saber sobre el honorable Awky. Ellos dialogaban sobre todas las cosas que han cambiado en los últimos años y que se han vuelto historias crónicas frente al saber sublime de la cultura indígena.

Ambos sabían que, por muchos años, fueron un pueblo que miraba y adoraba al dios Inti, agradecidos por su resplandor que daba vida a la Pachamama; sabían también que ahora los indígenas han dejado de ser trabajadores, de honrar y de sacrificarse, han dejado la costumbre de dar todas sus fuerzas, con el sudor

penetrando en las chacras de la Pachamama para su subsistencia; ambos comprenden que han dejado de caminar distancias para saber algo sobre un familiar, porque ahora mujeres y niños, que trabajaban en la confección de ropa y elaboración de artesanías, ya no se dejan ver, pues todas las costumbres han quedado en el olvido.

Todo esto pasaba por la mente de Awky, quien ya no sabía qué hacer. Su cabeza alba demostraba la insuficiencia y pálida peculiaridad. Así, en medio de la preocupación, Sairy tuvo que irse. Se despidió del anciano de los montes, bajó pensativo por las praderas, para visitar a algunos familiares que vivían en la ciudad.

Su recorrido por esas comarcas no es muy frecuente, por esto siempre observaba nuevas cosas, aunque últimamente había estado por esos sectores casi todos los días y su perspectiva de ver el mundo había puesto en riesgo el ideal indígena. Sairy llegó a la morada ajena, su visita no sería prolongada, así que habló poco sobre temas familiares y, luego de un par de horas, decidió regresar a casa.

Este joven de gala con su sombrero, su poncho, su pantalón blanco y sus alpargatas fue caminando y observando muchas vitrinas del mundo pagano, hasta que una le llamó la atención: en ella miró fijamente los atuendos que usa la muchedumbre de su edad. Su capricho se hizo más fuerte cuando un grupo de jóvenes lo criticó por la ropa que usaba; en ese instante él entró en acción y decidió comprar las prendas de "moda". Sairy no se sentía nada raro, lo tomó como algo natural del hombre, el hecho de estar siempre al gusto de cada uno y sin el remordimiento de sentirse culpable. Entonces decidió contar su experiencia al viejo Awky, por lo que fue de nuevo hacia él.

Mientras tanto, Awky sintió un empujón leve y supo que su etapa estaba por culminar. No le faltaba otra cosa más por hacer

que admirar a la grandiosa Pachamama: mirar al lechero, sentir la brisa que lo rodeaba, el murmullo del río y la laguna, escuchar el cantar de las aves y sentir una vaga ilusión de esperanza en un corazón ya desvanecido. Awky se acercó a la fuente de vida unida a la Pachamama, remojó sus pies descalzos en una vertiente proveniente del lago San Pablo y, luego de dar miradas profundas al paisaje del majestuoso Imbabura, decidió regresar a su morada.

Sairy, con sus nuevos atuendos, llegó a la casa. Cuando entró al patio, sintió un ambiente muy tenso, delante de sus ojos las flores empezaron a marchitarse, de repente el día empezó a perder su color. Simplemente él no sabía lo que ocurría. Entró a la casa y observó a su ancestro agónico, acostado en una estera. El viejo Awky había muerto.

Sairy, al sentirse culpable, empezó a bañarse en lágrimas, se arrodilló y exclamó:

—¡Es mi culpa! ¡No lo valoré! ¡Es mi culpa! ¡Lo ilusioné! Perdí la esencia en la ignorancia, la permanencia de esta cultura.

En medio de un ambiente acomplejado y desilusionante, apareció una imagen brillante. En ese momento, Awky abrió los ojos: era la Pachamama, quien le dijo:

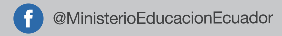
—El rey Inti ha mandado, el taita Imbabura ha aceptado, viejo de las nueve décadas, cargado de noventa espadas, con la brisa del deseo más lejano, te hago saber que la hora ha llegado.

Awky ya estaba preparado, así que al cerrar sus ojos empezó el sueño ancestral donde mira a sus valientes y recuerda la existencia de una cultura fuerte.

Así desaparece la esencia de la etnia indígena.



Los relatos de este libro reflejan la importancia de la comunidad en nuestra cultura. Encontrarás anécdotas que ocurren tanto en el campo como en la ciudad, historias de comuneros que logran el reconocimiento de sus localidades o testimonios de las luchas de las nacionalidades indígenas. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec